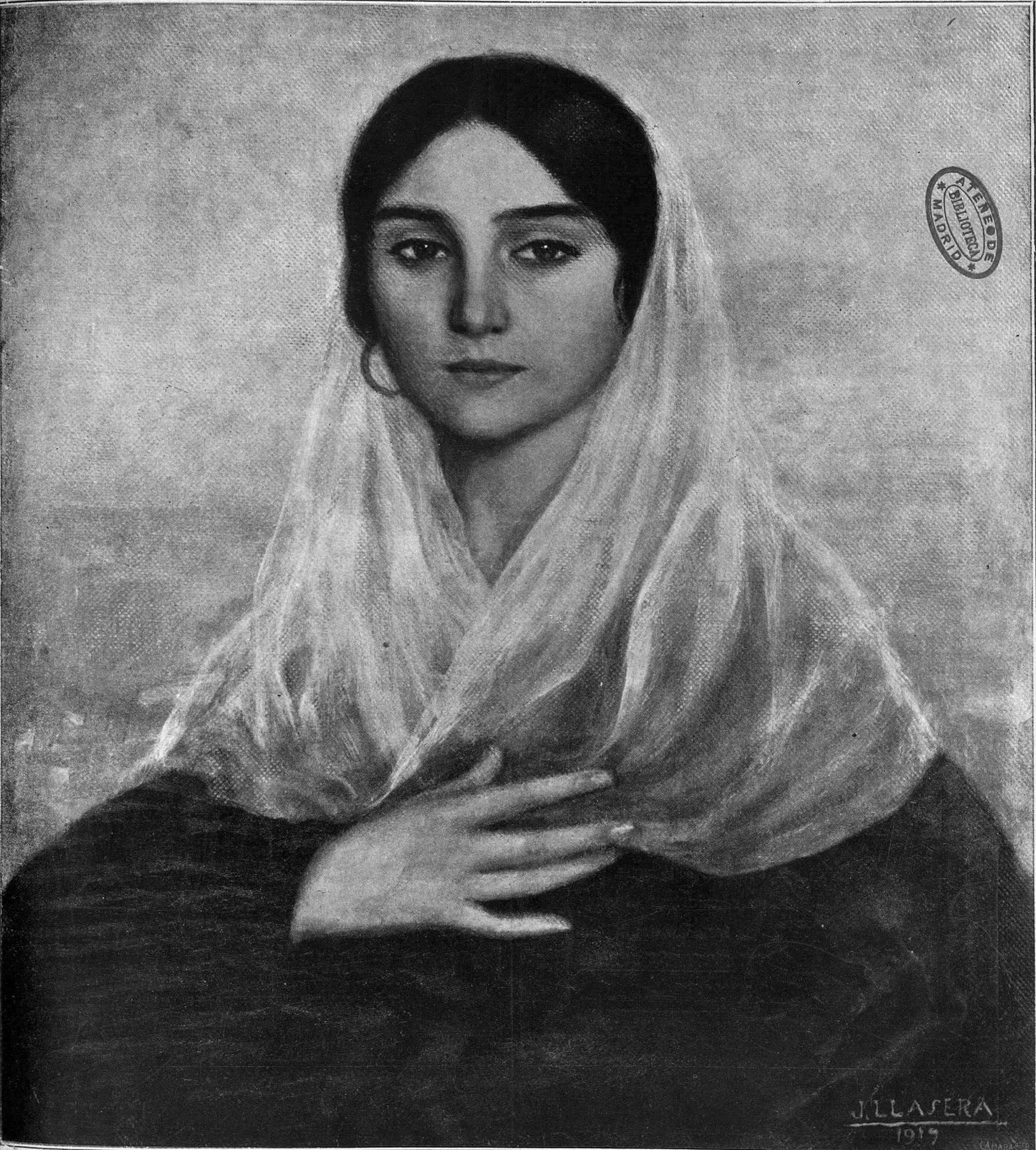


La Esfera

Año V * Núm. 226

Precio: 60 cénts.



JLLASERA
1919

Mírese al espejo después de usar
"NIEVE" ("HAZELINE"
 SNOW "TRADE
 MARK")
 (Marca de Fábrica)
"HAZELINE"

Ud. verá que la belleza de su cutis se encarece grandemente aún con la primera aplicación. ¡Ensaye esto hoy!

De venta en todas las Farmacias y Droguerías
 Burroughs Wellcome y Cía., Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

SP. P. 1399

All Rights Reserved



FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
 Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.
 Camisas, Guantes, Pañuelos.

SIBERIA

ASPIC "SIBERIA" se come frío. Calentado, con puré de patatas, guisado de coles o choucroute, es un manjar exquisito

UNDERWOOD



Campeón
 de las
 Máquinas de escribir

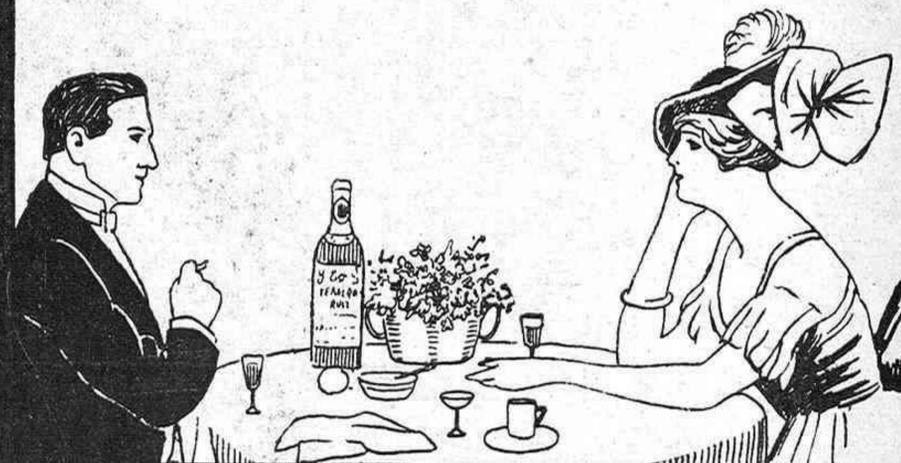
G. TRÚNIGER Y C.º
 Balmes, 7, Barcelona. Alcalá, 39, Madrid.
 CASA SUIZA

¿Hay algo más agradable que pasar un rato de sobremesa con una mujer hermosa?...

Sí; añadir á ese placer unas copitas de

XEREZ-QUINA RUIZ

DE FÉLIX RUIZ Y RUIZ, JEREZ



ANGEL BARRIOS Diplomado
DENTISTA en Filadelfia.
 Dientes artificiales, sistema americano, fijos
 75, ATOCHA, 75

RAMOS Últimos modelos en postizos fantasía. Lavado y ondulación Marcel en casa y á domicilio.



HUERTAS, 7,
MADRID

Conviene a V.

tomar esta agradable pastilla de



LAXEN BUSTO

después de la cena, para regularizar el vientre, venciendo su **ESTREÑIMIENTO**

¡GUERRA A LA ANEMIA!
 PARA
VIVIR
MUCHOS AÑOS

USEN LOS NIÑOS Y LAS PERSONAS MAYORES EL VARABE DE HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE INAPETENCIA Y DEBILIDAD GENERAL

RECHÁCESE TODO FRASCO QUE NO SE LEA EN EL EXTERIOR CON TINTA ROJA.

• HIPOFOSFITOS SALUD •

EN LA ARGENTINA PIDASE "HIPOFOSALUD"

TINTAS
 LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
 DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
 Despacho: Unión, 21 **BARCELONA**



El goza mi distinción y mi elegante figura, que sólo debo al jabón y á los polvos PECA-CURA.

Jabón, 1,40. — Crema, 2,10. — Polvos, 2,20. — Agua cutánea, 5,50. — Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

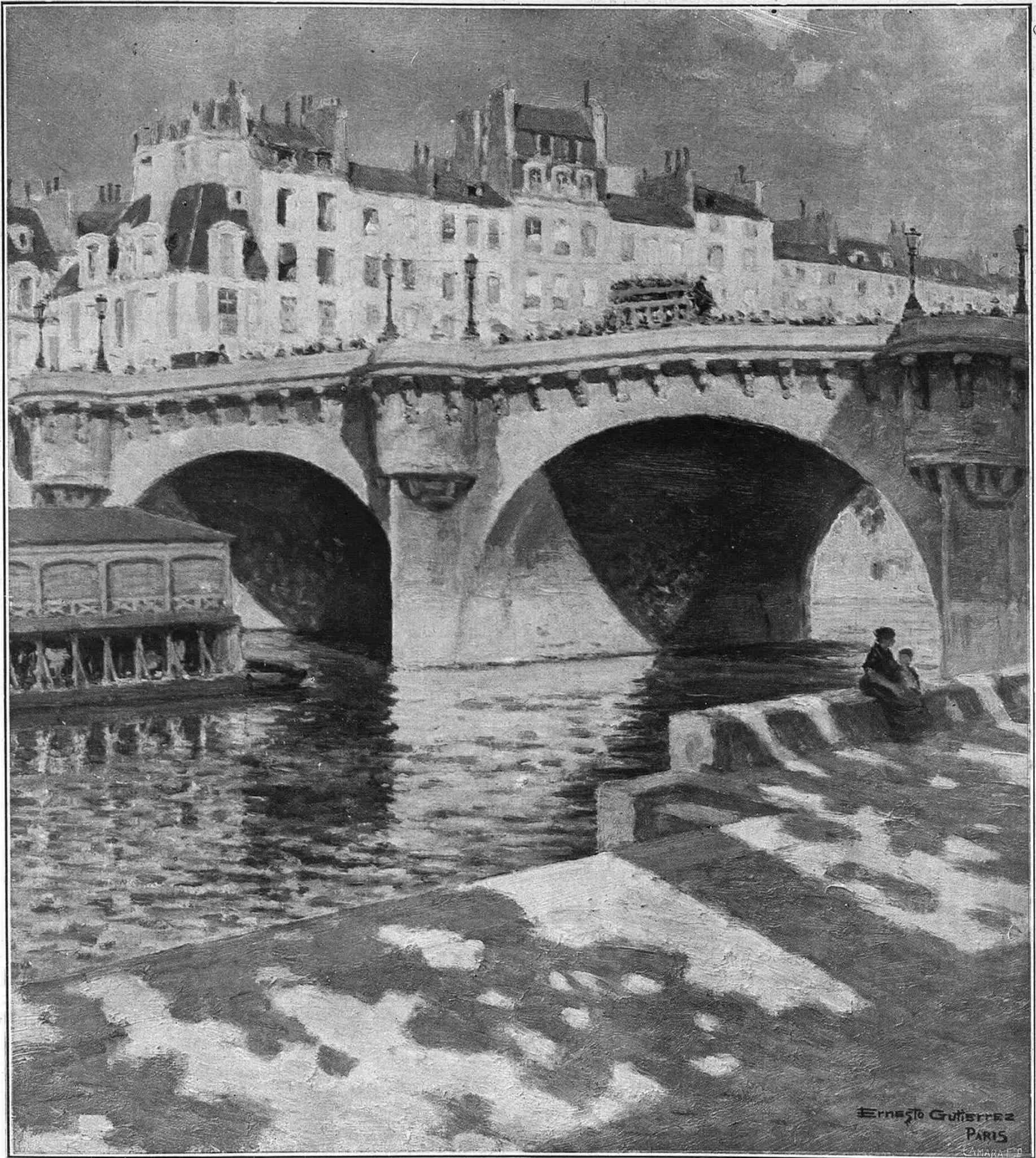
De **JOSÉ TORAL**
 PARA EL DESCANSO, poesías
LA CADENA, interesantísima novela
 Edición de RENACIMIENTO
 A 3,50 Y 4 PESETAS EN TODAS LAS LIBRERIAS

La Esfera

Año V.—Núm. 226

27 de Abril de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL PUENTE NUEVO DE PARÍS
Cuadro de Ernesto Gutiérrez



DE LA VIDA QUE PASA
 "INTERVIEW" CON UN HOMBRE

EN el puerto tristemente solo se delínean los claros rectángulos de los muelles, sobre los cuales tienden las grúas sus brazos desde hace tiempo inútiles. Montones de carga se mustian bajo los cobertizos, y ni un solo vapor mancha con su humareda la atmósfera limpia de esta tarde de Abril. El mar, inactivo también, parece un espejo profundo, y sólo allá, en la lejanía, se ondula bajo el llamear de las velas latinas de los pesqueros.

El único barco refugiado hoy en este puerto, antes tan afanoso, se dispone á salir. Es un bergantín ágil, pintado de obscuro, con altos mástiles, que deben curvarse cuando el viento arrecie. Como no tiene nombre ni bandera, me acerco á él, con la curiosidad marcada, sin duda, en la inclinación del busto y en los ojos; y, entonces, un hombre de anchas espaldas y rostro rasurado, grita, desde la borda:

—No mire usted más... Es americano...

Y al oír que le respondemos en su lengua, y que inquirimos si no tiene reparo en publicar así sus preparativos de salida y su origen, responde:

—¡Bah!... ¿Cree usted que á estas horas no lo saben ya los únicos que me interesa que no lo supiesen?

Este incidente anuda la conversación, y, mientras los marineros trajinan desanudando el velamen y arriando el ancla, el hombre de ancho torso, mirada muy azul y rostro algo congestionado, empieza á hablarme de la guerra. Indiferente á las últimas noticias, me dice sus esperanzas, su convicción de que esta pesadilla se disipe en un despertar de vida más cordial, sin temor á bastardas dominaciones. Yo le escucho un poco atónito, y como su confianza, que parece no reparar ni en el espacio ni en el tiempo, engendra en mi incertidumbre una irreprimible irritación, le digo:

—Sin duda, todo eso está bien, pero... El tiempo pasa, trayendo sólo exterminios y no decisiones. Además, los caminos de violencia por que ha de llegar ese sueño lo hacen sospechoso. Ya hace un año que ustedes combaten también, y...

—Nada más violento que una explosión—me interrumpe—, y, dosificando las explosiones, hemos hecho los motores

de petróleo que están revolucionando la industria.

La guerra es una terrible resta, y, para resolverse, necesita de factores homogéneos: al hierro, con el hierro; á la muerte, con la muerte. Tocqueville, un francés de quien acabo de leer un libro, dice que nosotros hemos espiritualizado la violencia.

Yo no sé si es verdad, pero ello ha de ser la salvación del mundo. Así como la guerra ha revaluado los factores primitivos de la existencia: el pan, el agua, la tranquilidad, también ha de vivificar en el concepto humano las ideas fundamentales de sociabilidad: el respeto al dolor y al esfuerzo ajenos. El espíritu, única razón de la existencia no animal, se petrifica al querer servir solamente ideas de fuerza, y se convierte en materia también. Para mí, los alemanes han dejado de ser espirituales... ¿Dice usted que le asustan

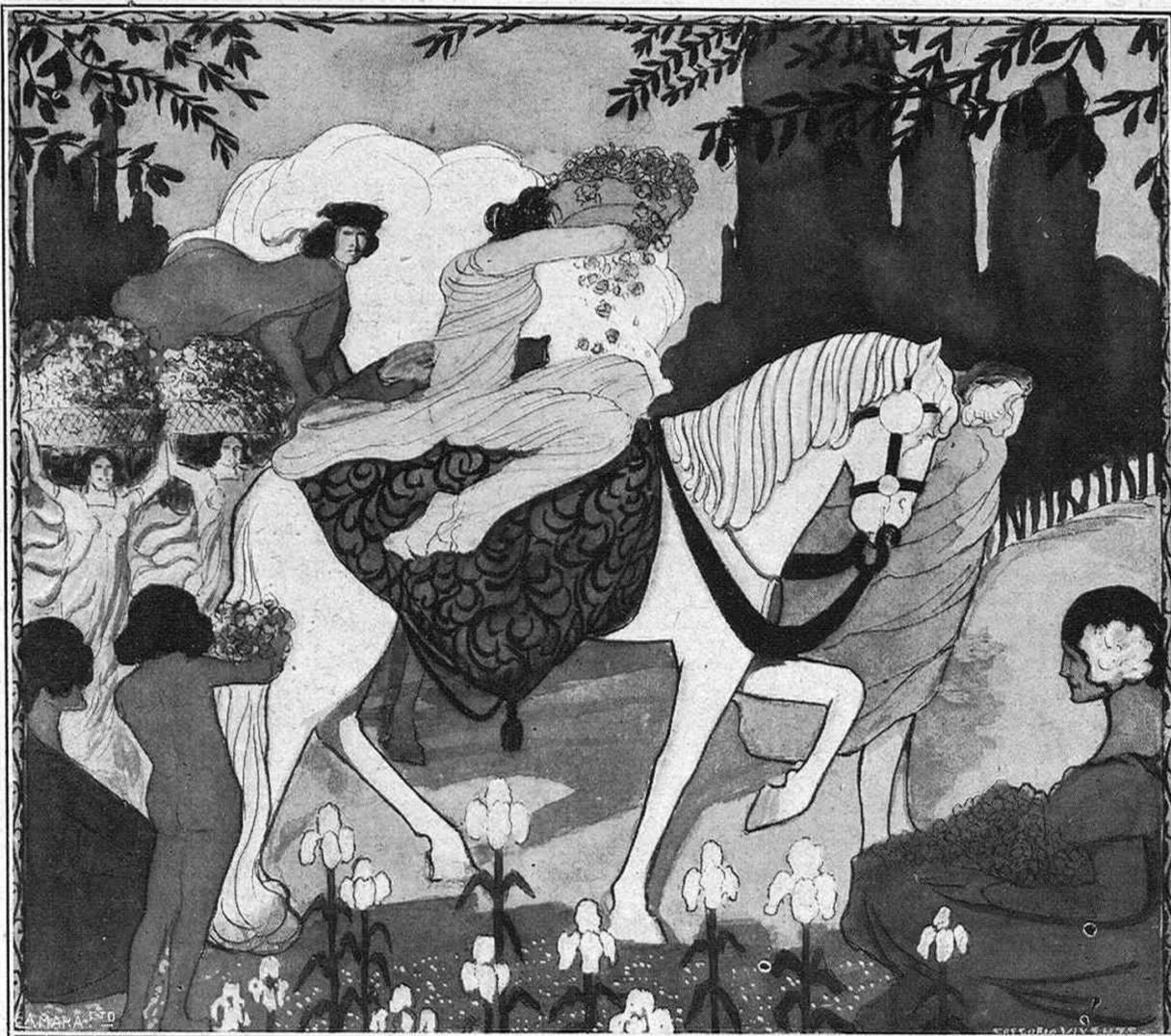
los sacrificios, los sufrimientos y los muertos? A mí, sólo los sacrificios y los sufrimientos, porque, según Sócrates, la misma hora que nos da la vida ya nos la merma, y si perdemos la vida, que no es del todo de nosotros, por conseguir la victoria de unos ideales que si son por completo de nosotros, que serán lo único que atestigüe en el tiempo nuestro paso por el mundo, en lugar de morir antes, habremos resucitado antes... Después de la guerra, ningún pueblo quedará lo mismo que es; y esto, aun más que los medios destructores que pone en acción, es lo que hace esta guerra grande. Por eso me alegra que mi país haya entrado en ella.

Y previniendo, sin duda, en mis labios aquellas palabras de Tito Livio que atribuyen á los últimos llegados á la liza la creencia de ser los verdaderos fraguadores de la victoria, añade:

—Mientras más duro sea el triunfo, ha de ser más útil, porque ningún pueblo ha de creerlo su obra exclusiva... ¿No le parece?... Con permiso: ya vamos á desatracar... Gracias por sus votos de buen viaje...—y, de pronto, á un marinero que da vueltas al martinete:—¡Stop, Stop!

Poco á poco, el navío se aparta, y sobre los palos se despliegan las velas menores. El triángulo del foque se inclina hacia el mar como una cuchilla. En el puerto quieto y ya algo ensombrecido se reflejan las nubes color naranja del crepúsculo.

Por la lejanía del horizonte pasan varias siluetas: son buques de un convoy. Y cuando desaparecen y queda solo en el mar el bergantín, con su velamen túrgido, parece más desamparado, y hace pensar en que él no podrá siquiera huir de sus enemigos. Y mientras se aleja lentamente, y se pierde en la bruma, á mi ánimo acude de súbito la grata sorpresa de que acabo de gozar un privilegio nada común: el de hablar con un hombre, con un verdadero hombre, que antes de partir hacia el peligro — acaso hacia la muerte —, en vez de ocuparse con cobarde egoísmo de su misero yo, ha sabido hablar de los grandes ideales humanos que están más allá de nuestras vidas.



Nocturno de primavera

La primavera nace esta noche; el ambiente lleno está de galantes, tibias insinuaciones; se besan las estatuas de mármol de la fuente y los enamorados pasan lánguidamente.

De los parques floridos, en la sombra aromada, estrechase los cuerpos y se funden las bocas; en los ojos febriles hay una luz sagrada, y son aun más fragantes los labios de la amada.

La noche es un amable madrigal. Cristalina perlería de risas, besos á flor de labio, cuellos desnudos de una blancura marfilina y una intensa fragancia de carne femenina.

Burguesitas de hondas ojeras pasionales sueñan con la llegada del príncipe lejano, y en las fiestas plebeyas, reales hembras triunfabailan á los acordes calinos y sensuales. [les

¡Oh, embriaguez inefable de la carne encendida, dulce como el divino Cantar de los cantares! ¡Oh, los senos en flor de la mujer querida! ¡Oh, prodigioso y único momento de la vida!

Todo se ama y se funde en ondas voluptuosas, y en la calma alta noche, en los quicios sombríos se juntan, todo trémulas, unas sombras borrosas, como si se contasen historias vergonzosas.

Sale de un antro de hampa una turba liviana besándose entre risas canallas. Y la Luna sonríe, en la lujuria de la noche galana, con su risa truhanesca de vieja cortesana.

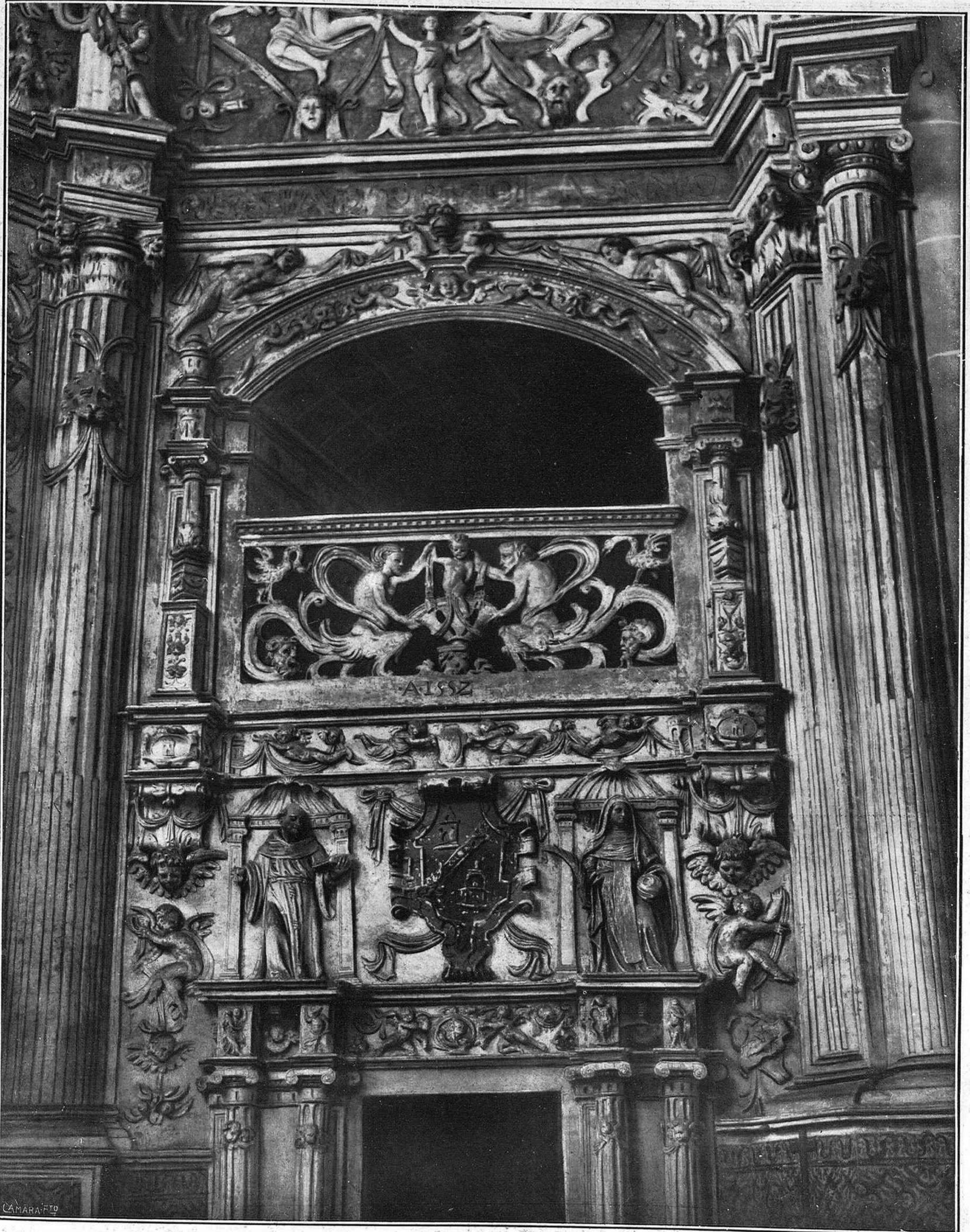
Emilio CARRÉRE

DIBUJO DE GREGORIO VICENTE

A. HERNÁNDEZ CATÁ

Alicante, Abril 1918.

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Catedral de Palencia.—Tribuna de la capilla de los Reyes, fundada por D. Gaspar de Fuentes

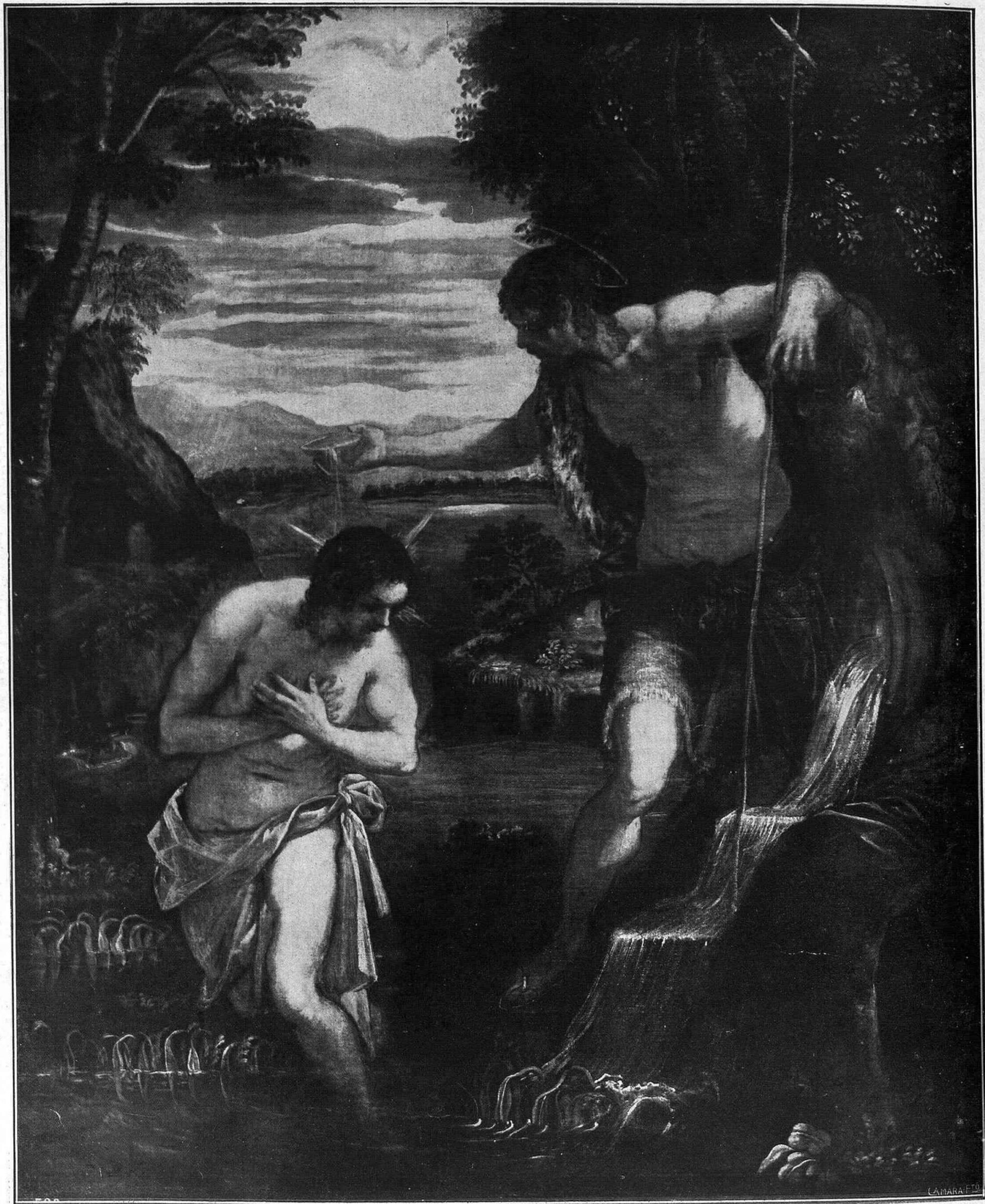
FOT. LUIS R. ALONSO

BIBLIOTECA
MADRID

CAMARA-FID

LA ESFERA

JOYAS DEL MUSEO



EL BAUTISMO DE CRISTO, cuadro del Tintoretto, existente en el Museo del Prado

HOMENAJE A IGNACIO ZULOAGA



CÁMARA-FLO

INICIADO en *La Correspondencia de España* por el ilustre escritor y crítico de arte, Sr. García Mercadal, se proyecta un homenaje á Ignacio Zuloaga con motivo de su estancia en Madrid, á donde ha venido el gran artista para pintar los retratos de S. M. el Rey y del duque de Alba, y celebrar en el palacio de este último una exposición de sus obras.

Nada tan justo como este homenaje, no por tardío menos oportuno y deseado de las actuales generaciones de escritores y artistas, que no han escatimado su entusiasmo y sus elogios á Ignacio Zuloaga desde hace doce ó quince años en las revistas y periódicos españoles.

Así, pues, la iniciativa ahora del Sr. García Mercadal obtiene la misma excelente acogida que otras anteriores, y confiamos que con mejor resultado, ya que no habrá de faltar el aliciente de la legítima admiración de la propia obra del festejado, expuesta, ¡al fin!, en Madrid.

Una de las primeras y más valiosas adhesiones al proyectado homenaje es la del maestro Cavia, en nuestro querido y prestigioso colega *El Sol*.

El genial autor de tantas «ideícas» afortunadas lanzó, desde las páginas del importante

diario matutino, la de publicar un libro consagrado á Zuloaga con reproducciones de sus cuadros y opiniones de cien personalidades de las letras y de las artes contemporáneas.

El propio Zuloaga, en una carta donde su modestia rechaza en principio este homenaje, dice lo siguiente:

«Soy enemigo mortal de los homenajes; pero, si algo quieren hacer, ahí va mi idea:

»Organicen ustedes una suscripción para comprarme un cuadro, el cual pueda representar dignamente mi pintura en el Museo de Madrid, y déjenme luego la alegría de satisfacer lo que en mí constituye una religión: la de dar á los pobres de Madrid el dinero íntegro que se haya recaudado.»

Compatibles ambas ideas del libro-homenaje y de la suscripción nacional, queda á *Prensa Gráfica* agradecer al maestro de periodistas su gentileza de aludirla, solicitando los medios editoriales de que nosotros disponemos para tal fin.

Prensa Gráfica se adhiere desde luego al proyectado homenaje, y aguarda la decisión de los señores que constituyan la Comisión organizadora.

Y es tanto más sincera y entusiasta la adhe-

sión de *Prensa Gráfica* cuanto que hace tiempo, coincidiendo con el triunfo enorme y definitivo de Zuloaga en el Salón de París, el año 1914, con sus cuadros *El cardenal*, *Toreros de aldea*, *La dama del papagayo* y *Retrato de Mauricio Barrés*, inició, con la firma de su crítico de arte José Francés, el proyecto de un homenaje nacional al gran maestro de la pintura española.

Primero en *Mundo Gráfico*, el día 6 de Mayo, y luego en *LA ESFERA*, el día 6 de Agosto de 1914, nuestro compañero, reflejando el criterio unánime de cuantos deseamos hacer de esta Revista fiel espejo del admirable renacimiento estético de nuestra patria, propuso que se solicitara de Ignacio Zuloaga una exposición lo más completa de todas sus obras, y darle á esta exposición la resonancia y pleitesía que siempre mereció el arte del eminente pintor.

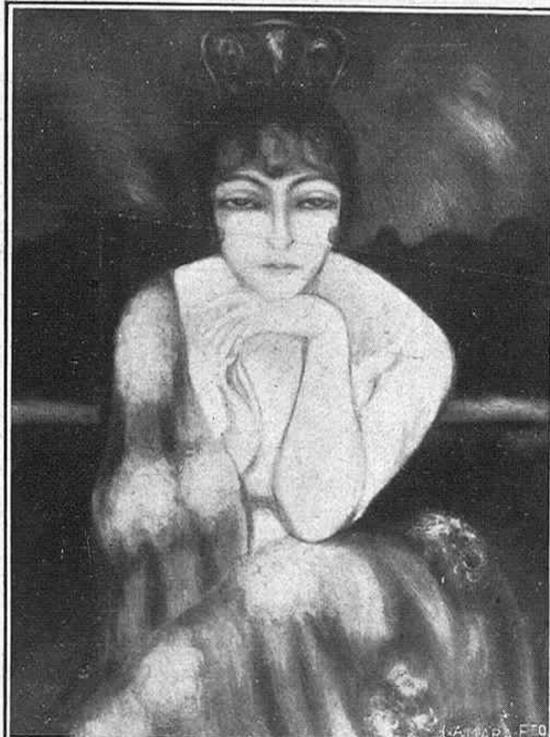
Dijimos entonces: «Acaso no está lejano el día en que el maestro vasco reciba la consagración española después de la europea, tan indiscutible.»

Ese día ha llegado. Y *Prensa Gráfica*, al congratularse de tal advenimiento, ofrece su modesto concurso con toda lealtad, con todo fervor y con toda eficacia.

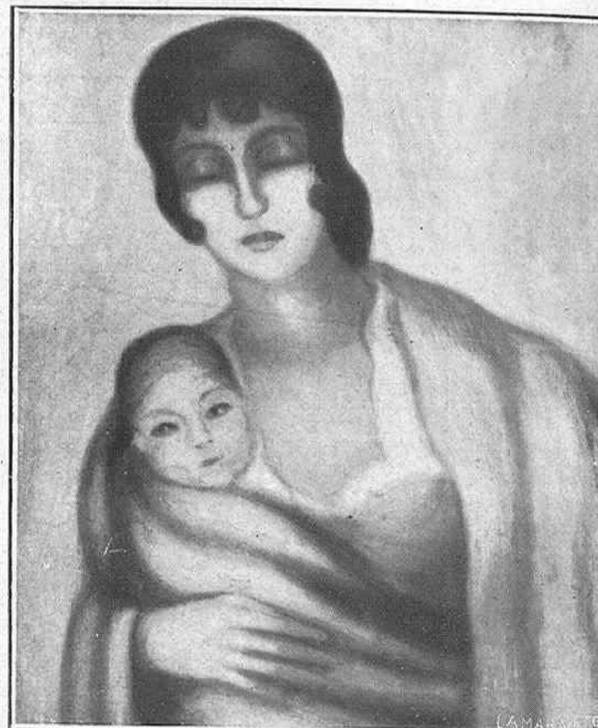
ARTISTAS JÓVENES: □ EL PINTOR "FERNANDO"



"El abanico"



"Mujer de noche"



"Madre"

EN el salón Lacoste se ha celebrado, durante los últimos días de Marzo, una Exposición muy interesante. Una de estas exposiciones —tan frecuentes en el momento auroral de las artes españolas—, donde se ofrece, un poco impaciente, un poco indeciso todavía, pero ya garantizado de porvenir, el temperamento de un artista inédito.

Fernando— así, con este simplicismo ingenuo firma el pintor sus obras—era desconocido en Madrid; en España, tal vez. Se ha formado en París y en América; se ha bañado en las vibrantes armonías luminicas del angladismo.

Tiene, por lo tanto, su pintura un cromatismo agradable, una feminidad encantadora y, sobre todo, positivo buen gusto.

Nadie diría que es un hijo de la brava Vasconia al verle de tal modo divorciado de los ideales y de las rutas estéticas de su tierra natal. Nada fraterno tiene con los jóvenes maestros de la pintura nortea de hoy. No le encontramos el sentido grave, profundo que de la vida externa y de la interna sensibilidad tienen los artistas vascos propiamente tales.

Si acaso deriva de su angladismo á las orquestales magnificencias de un Maeztu, también curado de brumas en el Levante vasto y voluptuoso. Es, además, como un juvenil fauno entre bellezas artificiales de un xviii francés y danzarinas exportadas de un xx español.

Tiene, efectivamente, en los labios gordos, hinchados de sensualidad, en la nariz tajante, en los ojos negros cuyo fulgor avivan los acentos circunflexos de las cejas, una faunesca expresión. La misma que corre por sus cuadros en retozos de las líneas y en caricias lánguidas del color.

Descartadas las influencias de Anglada Camarasa y Gustavo Maeztu, la personalidad de Fernando se insinúa feliz. Más en los cuadros de acorde suave, fino, de dulcísimos trémolos cromáticos, que en los otros lienzos cálidos, donde el color parece estarse cociendo para cuajarse luego en esmaltes.

Son, incluso las notas frías, finas, las escenas y retratos de damiselas pulidas—ya se envuelvan en blondas españolas ó les brille las pupilas bajo blancas pelucas—sus preferidas.

A este género pertenecen los cuadros *El té*, *El abanico*, *La gatita*, *Mantilla blanca*, *Mística*, *Odalisca*, *Francesita* y *El beso*.

Gamas suaves, gráciles, de azules desvaídos, blancos sin crudeza, verdes tenues y violetas



"FERNANDO"

dulces, constituye esta serie de obras donde una sensualidad refinada y sutil llega en momentos á una inquietud sentimental muy aguda, como, por ejemplo, en *Mística*, tan parco de dimensiones como certero de expresión y rico de calidades.

Culminación de la tendencia que significan estos cuadros son *Mantilla negra* y *Mujer de la noche*.

Aquí hallamos reunidos como en dos poemas pictóricos los diversos motivos peculiares y gratos al joven artista. La complacencia de los acordes suaves no niega el deleite de los valores profundos, concentrados. La materia está trabajada con placer casi físico, y desde luego subidamente intelectual por la agudización extrema de la sensibilidad. Y ese mismo refinamiento en la elección de acordes y en la calidad cromática hay en la interpretación del modelo femenino. Son mujeres inquietantes de tan sugeridoras. No sonríen, no hay en ellas el carnalismo pomposo que encalienta la rijosidad española. Por eso es más perdurable y más peligroso su influjo. Prometen el amor envenenado de civilización.

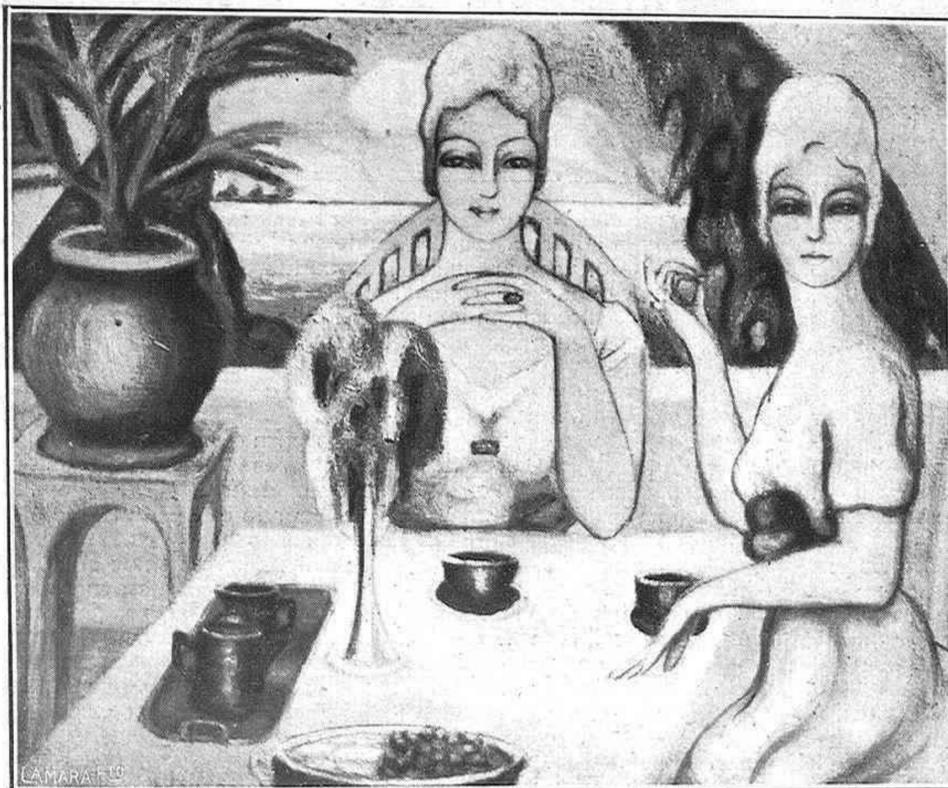
En contraste de la claridad y diafanidad de estos lienzos, hay otros de un acento apasionado y febril, como las diversas figuras de gitanas y *Madre*. Este último es, además, uno de los mejores cuadros de Fernando. En él hay aciertos rotundos, como la cabecita del niño.

Por último, las impresiones anecdóticas de bailes, menos sentidas y más agresivas de color. Son apuntes rápidos de escenario sugeridos por los *ballets* rusos y por los cafés cantantes andaluces. Armonías fugitivas de Oriente, y revuelo de mantones chinoscos, faldas gayas y brazos desnudos de bailaoras.

Se piensa en un Federico Beltrán, en un Van Dongen frente á estas notas, que son, ciertamente, lo menos personal y lo menos prometedor del joven artista.

Nos parece hallarle mejor en los otros cuadros más amplios de propósito y de resultado, en las mujeres pálidas de las elegancias claras, en las mujeres oliváceas de las sienas y carmines que evocan tierras rojas y rojo vino de España.

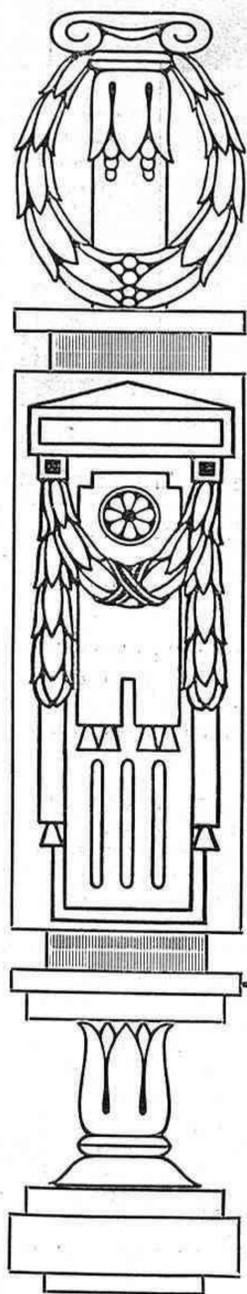
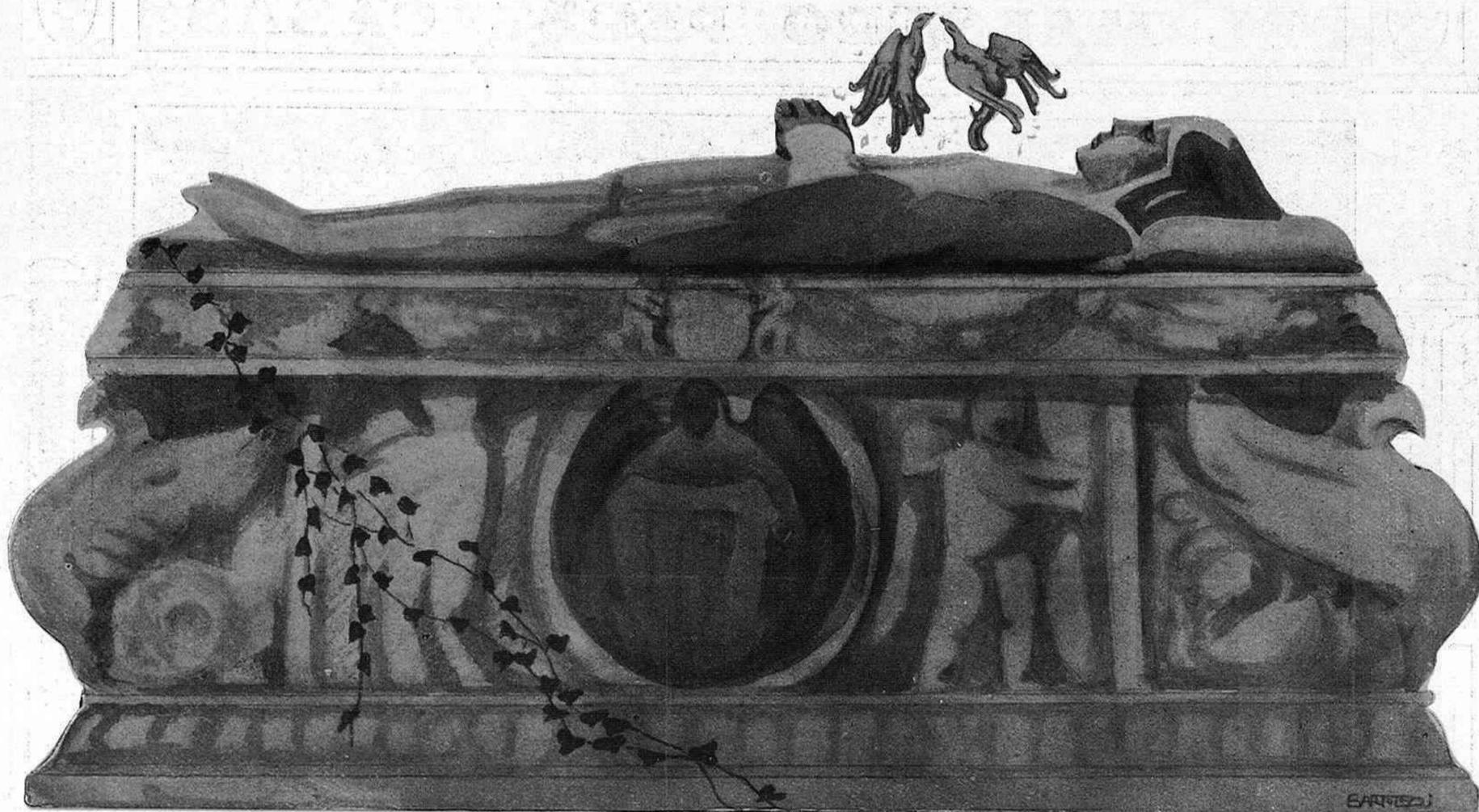
Esta parte de su obra es más consecuente, más lógica del manco de rostro faunesco que por unos días ha fundido pagánias bravas y el «chic» de ultradecadencias modernas en el salón Lacoste.



"El té"

SILVIO LAGO

EL PODER DE LA ILUSIÓN



Bajo el átside triste de la vieja abadía,
y en un lecho de piedra de mármoreos calados,
con las manos cruzadas y los ojos cerrados
yace, blanca y risueña, la princesa María.

Escultor ignorado de unos tiempos remotos
cinceló la figura sobre el haz de la piedra,
y allí duerme tranquila, bajo un ramo de hiedra
que brotó, húmedo y verde, de los mármoles rotos.

Y en el hueco que forman, como un cáliz florido,
sus dos manos, muy cerca de los cándidos pechos,
con urdimbre de juncos y con ramas de helechos,
bullieciosos, dos pájaros tienen puesto su nido.

¡Oh, princesa María, que, en los días lejanos,
esperaste en tu torre, sin que nunca viniera,
á ese príncipe rubio de dorada cimeva,
de pupilas azules y de pálidas manos!

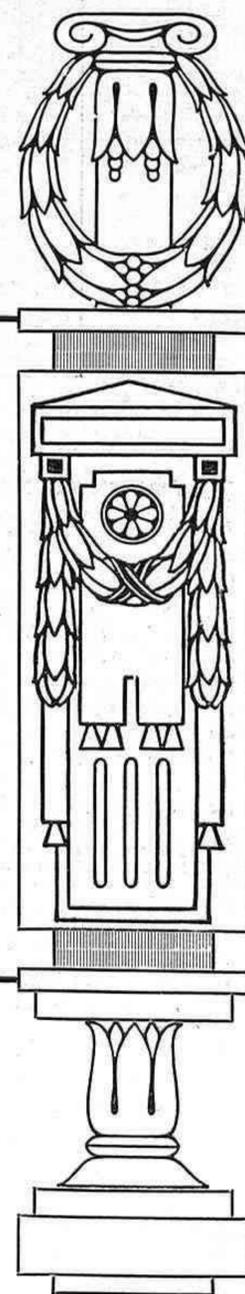
Triste y blanca princesa que, en los largos senderos
de tus verdes jardines, en las noches de luna,
silenciosa, pensabas en tu adversa fortuna,
bajo el oro dormido de los claros luceros.

Fugitiva sonríes en tu lecho de piedra
porque crees que esas alas y esas trémulas bocas
son, al fin, vuestras almas que, encontrándose, locas,
á la vida resurgen bajo un ramo de hiedra.

¡Oh, ilusión, que nos llevas, siempre pródiga y fuerte,
por un mar de venturas brillador y sonoro,
y la senda nos marcas, con tu lumbré de oro,
por caminos azules, aun después de la muerte!

Fernando LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE BARTOLOZZI



NUESTRAS VISITAS
EL MAESTRO PÉREZ CASAS



Pérez Casas en su gabinete de trabajo

El maestro Pérez Casas es un hombre de una timidez extraordinaria; una timidez infantil que no le deja hablar con libertad, ni reír francamente, ni accionar con soltura. Todo lo hace sin expansión, con un recogimiento de lego, é inquietado de continuo por el vago temor de romper el ritmo ó la armonía de la conversación con un gesto de mal gusto ó con una palabra impropia del caso. Este embarazo del ilustre maestro le hace simpático á su interlocutor, que en seguida advierte que está hablando con un hombre modesto.

Es más bien alto, grueso, rubio, de tipo germano. Sobre sus ojos, pequeños, apenas se advierten sus cejas, casi desvanecidas. Usa el bigote cortado á la inglesa. Su gran calva está discretamente cubierta con una cortinilla formada hábilmente con su mismo cabello; esto da la sensación de que lleva bisoñé; nosotros, si tuviéramos confianza con el maestro, le diríamos: Amigo Pérez Casas: usted es un hombre de gusto; usted es un artista; usted, que tan maravillosamente interpreta á Wagner, no puede, de ninguna manera, avergonzarse de su hermosa y prematura calva, é incurrir en la vulgaridad de tapársela á fuerza de peine y de cosmético. Dejemos esta debilidad para los políticos ó los viejos verdes; un artista como usted debe de lucir su cabeza, sea como sea. Descorra, pues, esa cortinilla de cabello encosmeticado, y deje que su calva temprana se luzca con todo descaro.

El maestro viste con elegancia. No le falta ni un solo detalle de buen gusto: traje oscuro, botines grises y zapatos de charol... Muy bien.

Tomamos asiento en su despacho—un despachito modesto—, de cuyas paredes penden retratos de músicos inmortales y contemporáneos.

—Usted, maestro, ¿lleva el espíritu musical dentro de las venas?

—Sí, señor. Todos en mi familia eran músicos. Soy hijo, nieto y sobrino de músicos.

—¿Es usted madrileño?

—No, señor. Nací en Lorca.

—¿A qué edad comenzaron los balbuceos de su carrera?

Meditó un momento. Al fin exclamó:

—Realmente, no recuerdo: desde muy pequeño; el saber música me es tan familiar como hablar el español ó como cualquiera de mis defectos físicos; como un sueño lejano recuerdo que, para tocar el requinto, me tenían que poner el taburete.

—¿El requinto?—pregunté sorprendido.

—Sí; es un instrumento, de la familia de la ocarina, que se usa en las bandas. Era mi especialidad.

—¿Lo tocaba usted bien?

—Eso decían en Lorca. No sé.

—¿Y cómo fué usted educando sus condiciones?

—Mi abuelo fué el fundador de las célebres bandas de Lorca. Su casa era una academia de música. Y él allí, sin gran trabajo para mí, me enseñó á tocar todos los instrumentos. Realmente, me hizo un gran servicio, porque, al llegar á la instrumentación, me encontré el camino allanado.

—Entonces, ¿usted toca todos los instrumentos musicales?

—Absolutamente todos: desde la flauta hasta el piano.

Hizo un silencio; yo le invité á continuar:

—Siga usted.

—A los diez y seis años ingresé en infantería de Marina, en Cartagena.

—¿En qué forma?

—Precisamente estaba vacante la plaza de requinto y subdirector de la banda, y yo entré á desempeñarla. Allí mismo, en Cartagena, hice oposiciones á la plaza de músico mayor del regimiento de España.

—¿Y las ganó usted?

—Sí, señor: obtuve la plaza. Y cuando yo creía que había llegado á la meta; cuando ya mis limitadísimas aspiraciones estaban satisfechas, y yo vivía casi feliz en Cartagena, en donde había creado mis afectos de muchacho joven, ocurrió la muerte de Juarranz, director de la banda de Guardias alabarderos. Esta plaza, para un músico joven y ambicioso, es muy tentadora; yo no pude substraerme á pensar en ella durante una noche y otra. ¡Quién pudiera!—llegué á exclamar—. Hasta que, una mañana, me levanté decidido. ¡A Madrid! ¡A realizar mi sueño dorado! Para mí, entonces, Madrid era un pedazo de cielo que anhelaba palpar. Y me planté aquí. Hice oposiciones á la plaza, y la gané. Allí he pasado los mejores años de mi vida. Allí he estado ¡catorce años! Me han cogido todos los acontecimientos palaciegos: coronación de Rey, casamiento, bodas de príncipes, bautizos. ¡En fin, todo!

—La primera vez que dirigió usted la banda

delante de la Familia Real, le impresionaría mucho, ¿verdad?

—Algo. Me pareció un sueño.

—¿Tenía usted mucho trabajo?

—Muchísimo.

—¿Porque los Reyes son muy amantes de la música?

—Sí, señor; en particular la Reina Victoria.

A esta Majestad le gusta la música con locura.

—¿Daban ustedes concierto diario durante la comida?

—Antes de la boda del Rey, solamente tocá-

bamos en comidas so-

lemnes y en fiestas;

después, la Reina Vic-

toria pidió que tocáse-

mos todos los días.

—¿Y hasta cuándo

dirigió usted en Alabar-

deros?

—Hasta 1910, que

pasé al Conservatorio

de profesor de harmo-

nía.

—¿Ganó usted la pla-

za en oposición?

—No, señor; fué por

concurso.

—En Palacio senti-

rían mucho su marcha.

—Sí, la sintieron mu-

cho, y yo también senti

abandonar mi cargo.

El Rey tenía para mí

continuas atenciones,

que ganaron por com-

pleto mi corazón.

—¿Cómo nació la Fi-

larmónica?

—Verá usted; al en-

contrarme yo en el

Conservatorio más

descansado, como yo

he tenido siempre mu-

cha afición á dirigir,

constituí una nueva or-

questa, con magníficos

elementos por mí elegi-

dos. Triunfar era difí-

cil, pues ya estaba cons-

tituida la Sinfónica, y

se dudaba de que hu-

biese público para dos

grupos musicales de

esta importancia. Pero

con gran entusiasmo

nos organizamos, y di-

mos los primeros con-

ciertos, y el éxito, us-

ted lo sabe, superó á

todas nuestras aspira-

ciones y sueños. Basta

decirle á usted que he-

mos pasado de cien

conciertos en tres años.

—¿Y con beneficio?

—Sí, sí; claro. En

este caso el éxito va

siempre acompañado

del beneficio.

—¿Y á qué destinan

ustedes las ganancias?

—Después de aten-

der el archivo de la So-

ciedad y demás gastos,

se reparten entre los

que componemos la or-

questa.

—Y dígame usted,

maestro: de todos los

instrumentos musica-

les, ¿cuál es el más ex-

presivo?

—¡Oh! el violín ó violonchelo.

—¿Y el más sutil?

—El piano.

—¿Cuál es el preferido por usted?

—Yo he cultivado, más que nada, el violín.

—¿Cree usted que el arte musical español

atravesaba por un período de decadencia?

—¡Oh! ¡No! Al contrario. Yo creo que esta-

mos en un momento de exaltación. Claro que me

refiero á música de concierto, porque en música

lirica, ya varía.

—Qué, ¿estamos en decadencia?

—Sí; en el teatro, sí; pero yo creo que la

culpa no es nuestra, sino de que no hay un tea-

tro que estimule y aliente á los músicos españo-

les. Ese Real es un coto cerrado para todo lo

español. Y así no puede ser. En lo que sí parece

que estamos muy mal es en cantantes.

—¿Y usted no escribe música?

—He escrito mucha. En la época de Alabar-

deros hice centenares de composiciones destinadas

á la banda.

—Qué le gusta á usted más: ¿dirigir ó com-

poner?

—Las dos cosas son muy agradables; pero,

siempre, crear es más interesante.

—De todas las composiciones que interpreta

la Filarmónica, ¿cuál es la que usted prefiere?

—Casi... casi prefiero á Wagner sobre todos.

—Y de Wagner, ¿cuál es su obra predilecta?

—Es muy difícil pronunciarse por una

composición de Wagner. A mí me encanta el *Par-*

sifal.

—¿Está usted satisfecho de su carrera?

—Sí, señor; muy satisfecho de ser músico.

—Y dinero, ¿gana usted mucho?

Este detalle entristeció el gesto tímido de Pé-

rez Casas.

—Poco—murmuró—. Muy poco.

—¿No ha hecho usted música para el teatro?

—No, señor. Es de-

cir, hace catorce ó quin-

ce años le puse música

á un drama de Vicente

Medina, titulado *Lo-*

renzo. Y todavía está

sin estrenar. En varias

ocasiones me he dirigi-

do á Benavente y á los

Quintero solicitando li-

brros para ponerles mú-

sica...

—¿Y qué?

—Nada. Las prome-

sas y evasivas de rú-

brica.

—¿Cuál es su ideal

artístico?

—Actualmente, per-

feccionar mi orquesta.

—¿Cuál es el día más

feliz que ha tenido us-

ted en su vida?

—¡Vaya una pregun-

ta! Yo creo que si las

fechas felices ó desgra-

ciadas se dejaran como

flores ó dolores en un

diario, habría á cada

instante que rectificar.

Siempre el dolor últi-

mo nos parece más

acerbo; siempre la más

cercana felicidad se nos

figura la mayor. ¿No es

esto?

—Así es.

—¿Cómo recordar,

pues, el día ó el mo-

mento más feliz? Yo,

en mi carrera artística,

recuerdo con cariño

una fecha: el *début* de

la Orquesta Filarmóni-

ca. En mi vida íntima

me habrán correspon-

dido algunos días de fe-

licidad, que sirvieron

para alentarme en la

lucha y compensar los

sinsabores de fuera.

Y... lector; mientras

que lentamente y con

dulzura hablaba el

maestro insigne, nos-

otros cometimos la dia-

blura imaginativa de fi-

gurárnoslo con una pe-

rilla muy larga, unos

bigotes imponentes y

el tricornio de guardia

alabardero.

El maestro me sacó

de mis meditaciones.

—¿Ve usted? Poco

interés ofrezco á un in-

formador. Mi vida ha

sido la laboriosa vida

de un hombre modesto

que, poco á poco, va

abriéndose paso. Yo

soy un músico humilde, desde que nací hasta

ahora; yo no puedo contarle á usted aventuras

pintorescas, ni anécdotas interesantes, ni recuer-

dos de mis viajes al Extranjero, por la sencilla

razón de que, ni soy aventurero, ni me pasó nada

interesante, ni viví pasada la frontera. Toda

mi vida se la he contado, y, de seguro, habrá

usted pensado, con fundamento, que es la vida

vulgar y anodina del hombre á quien no le pasó

nada.

Pero así es; por mi vida no pasó más que el

trabajo; ni siquiera la ambición.

Con un gesto desechamos los modestos juicios

del simpático maestro.



Pérez Casas en el piano

FOTS. CAMPÚA

—Es un poquito difícil contestar á esa pregun-

ta; yo siento la belleza de cada obra, y casi...

casí no tengo determinada preferencia. Claro

que esta es una condición de ser intérprete.

—¿Cuál es el músico preferido por el público

español?

—Wagner y Beethoven. Yo creo que más Bee-

thoven. Hasta hay un poco de superstición. Cuan-

do en un programa de conciertos musicales no

figuran uno de estos dos genios musicales, se

fracasa. Y ya ve usted que sin sus nombres se

puede también formar un programa interesantí-

simo. Pero no es posible.

—Y usted á cuál prefiere: ¿á Beethoven ó á

Wagner?

El maestro sonrió, vencido:

EL CABALLERO AUDAZ





La mujer de Alejandro

FINADA la comida, sirven los mozos el café y los licores en el comedor del *sleeping*. Fuera del vagón se oye al viento silbar con furia; la nieve despide, contra los cristales, trémulos y voladores copos: parecen mariposas. Dentro del coche la atmósfera es tibia, perfumada con aromas de frutas y vahos de café. El humo de los habanos que consumimos los varones sube en espirales al techo, formando bajo él nubes color ópalo.

Con los codos apoyados sobre la mesa y la barba puesta en los puños, contemplo á una gentil pareja que, frente á mí, saborea dos copas de *chartreuse*.

Tendrá la mujer veinticinco años. Su pelo es rubio, con el rubio de calientes entonaciones, propio á las mujeres nacidas en Venecia. Ostentan sus pupilas leonados matices; su nariz es castizamente latina; sus labios, gruesos; su dentadura, blanca; su cuello, redondo; su busto, de Minerva. Cuando sonrío, dos voluptuosas arrugillas fruncen los extremos de su boca. Habla en francés con su compañero; pero el acento la denuncia por italiana, y por italiana de las nacidas al sol en la ciudad del Tíber.

Romana es, sin duda. Aun guarda en su gesto la altivez patricia dominadora de pueblos y de hombres; aun decoran su imagen las líneas sensuales y fuertes de aquellas madres augustas, paridoras de Gracos, y de aquellas torpes emperatrices que iban á envilecerse en los antros favoritos del gladiador.

El hombre era un galo sujeto por el amor, como sus abuelos lo fueron por las armas, al dominio de Roma. Joven, simpático, atrayente, tenía derecho á las preferencias de la dama.

No debían ser matrimonio. Mostraban en sus actitudes ese apasionamiento lleno de imprudencias, esa intranquilidad celosa que en los ayuntamientos legales desaparecen por la certeza de la posesión ó se disimulan, porque en los matrimonios formalizados ante un juez ó bendecidos por un cura no caben ciertas expansiones. Es una cosa muy seria el matrimonio. En todos sus momentos, hasta los más íntimos, se imponen el respeto y la parsimonia.

Disfrutaban aquellos seres venturosos el departamento inmediato al mío. A nuestro regreso al *sleeping* entablamos conversación, mientras arreglaba el mozo las camas.

Habían hecho un alto en París, luego de un mes de estancia en Roma, donde tenía su familia la dama. Ahora regresaban á la corte española. Una vez allí...

Con los puntos suspensivos hube de contentarme, porque no añadieron palabra, limitándose la señora á hablar de París, de sus diversiones, de los placeres que ofrecía al viajero. El francés discursó de arte, de política, de sus expediciones á países remotos, llevado del amor de la novedad. Era hombre culto, de trato exquisito, de gran conocimiento de los hombres y de las cosas.

Y confiadamente conversábamos ya, estableciendo los primeros vínculos de una relación amistosa, cuando, preguntado por la dama á propósito de mi oficio, le respondí: escritor.

—¡Artista!—dijo él, mirando á la señora. Ella mostróse inquieta y, desde aquel momento, trocáronse en reserva las expansiones de antes. Siguió hablando, más por cortés obligación que por buen deseo.

Comprendiéndolo así, y siendo en mí costumbre no molestar á nadie, para tener derecho á que nadie me moleste tampoco, empleé la primera ocasión en despedirme y entrar en mi departamento.

Contestaron ellos mi saludo con un ademán de cabeza, y siguieron platicando en voz baja.

ooo

Tendido en mi litera, y distrayendo mis ojos con el hilo rojizo que, haciendo papel de lamparilla, brillaba tras el cristal del semiapagado foco eléctrico, daba las postreras chupadas á un puro, cuando un rumor de reprimidas risas y de voces cuchicheantes me dió noticia de que mis vecinos habían entrado en su nido provisional.

Aseguro á mis lectores, con formalidad absoluta, que hubiese dado alguna prenda de valor por haber dormido con el más profundo é indespertable de los sueños, antes de que la pareja entrara en su cuarto. Y no es que sienta envidia de la ajena felicidad. Al contrario: en ella me complazco siempre. Al ver á un prójimo cualquiera disfrutando horas ó minutos de dicha, se los deseo largos, en compensación de las amarguras y trabajos que la vida, á él como á todos, proporciona.

La luz del hilillo rojizo, que bailoteaba á ras de la techumbre, parecía una interrogación.

Mis respuestas á esta interrogación fueron, al principio, malhumoradas; confusas después. Al cabo, de nada me dí cuenta cabal. Las ideas iban por mi cerebro en desorden, atropellándose, borrando las unas á las otras, construyendo extrañas imágenes, prólogo del sueño, que, al cabo, se apoderó de mí.

No desperté hasta las seis de la mañana.

En el camarote de mis vecinos reinaba profundo silencio.

ooo

Hice mis abluciones en el tocador. Vestí mi ropa, acepillada por el mozo, y fui al comedor en busca de comfortable desayuno.

Las tierras castellanas, cubiertas de nieve, mostráronse á mis ojos como una gran lápida bajo la cual dormía su sueño de miserias y de ignorancias el Lázaro español, esperando al Cristo, que vendrá, si es que viene, á resucitarle.

Las aldeas, con sus casucas miserables y sus iglesias de antiestética pesadez, desfilaban, al paso del tren, tan monótonas, tan idénticas unas á otras como los paisajes. A veces, erguido sobre una linde, sobre un peñote, veíase al hombre castellano, recio y enjuto, con el rostro, de severa expresión, curtido por las heladas invernales y por los soles senegaleses del estío.

Mis vecinos debieron desayunar en el camarote. Por el comedor no aportaron; á mi regreso al coche les vi, ya de vuelta del tocador, ocupando dos de las banquetas del pasillo.

Me saludaron con algún embarazo, sin mostrar deseos de plática.

Media hora antes de llegar á Madrid penetré el francés en su departamento; salió de él llevando un maletín entre sus dedos y al brazo un abrigo, dirigiéndose á uno de los coches de primera próximos al *sleeping*.

Despidióse de la señora con imperceptible ademán, y siguió mirando hacia la tierra castellana, ensudariada por la nieve.

ooo

Llegué á la estación, donde no me esperaba nadie, y bajé del vagón de un salto. Quería llegar pronto al punto de coches para meterme en uno y hacerme llevar á mi domicilio.

A los cinco pasos me detuvo el abrazo de un hombre joven, con artística melena descolgándole por los hombros, y barba en punta enmarcándole el rostro. Llevaba de la mano á una niña.

—¡Alejandro!—exclamé, saludando al músico ilustre—. ¿Qué te trae por aquí?

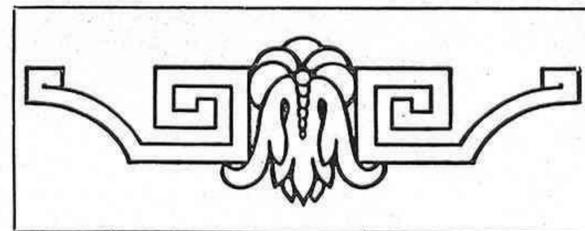
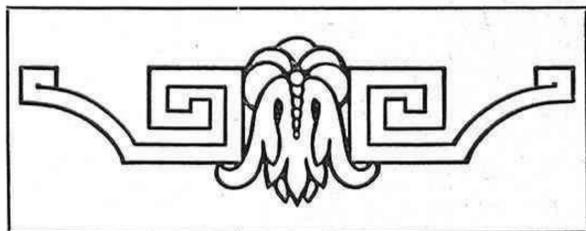
—La felicidad en forma de viajera. Y, adelantándose amorosamente hacia la señora del *sleeping*, que avanzaba hacia nosotros con el rostro encendido en rubor, exclamó luego de abrazarla y besarla:

—Querido amigo, tengo el gusto de presentarte á mi mujer.

JOAQUÍN DICENTA

EIBUJO DE RIBAS

PÁGINAS POÉTICAS



Dónde está Dios

*¡Teología sutil que nada explica,
y pretende saber lo que se ignora;
el origen del mundo certifica
y predice su fin conminadora!*

*¡El mundo es un complejo remolino
que, en sí, la vida y el morir contiene,
y un sonámbulo el hombre—peregrino
que ignora á dónde va, de dónde viene!—*

*¿Dónde está Dios? ¿En la sidérea calma
de una noche de luna? ¿En el avaro
apetito de amor que enciende el alma?*

*¿En la química unión—llámese azufre,
cal ó azurita?— No: ¡en el desamparo
en que se queda el alma cuando sufre!*

DIBUJO DE ECHEA

Lo íntimo

*Cielo gris ó de añil; beso ó bostezo;
origen arbitrario de la vida;
canto armonioso ó ruido, voto ó rezo;
pasión sincera ó tempestad fingida...*

*¿Qué más da? Yo me engaño, y á mi engaño
nada oponer la lógica podría.
¡Para unos es fiesta todo el año,
y para otros, llanto cada día!*

*¡Mi engaño es mi universo! ¡Soy iluso!
La mosca ve lo que no ven mis ojos,
y del sofisma, al denegarlo, abuso;*

*pero en mi mundo íntimo—mi mundo—,
mundo de fantasías y de antojos,
deslízase, en silencio, un río profundo...*

Caer la tarde

*En silencio, la tarde se desliza:
nácar uno, otro rosa, otro amarillo:
uno llora, otro sueña, otro sonríe
del oro viejo con el triste brillo.*

*¡Y siento que en mi espíritu cansado
destiñe esta tristeza de colores,
en un afán trocándose callado
de inexplicables goces interiores!*

*¿Qué sabe mi inconsciencia de la vida?
Sonambúlica va por derroteros
oscuros de recóndita salida.*

*¡Alas, alas! ¡No veo y adivino
que acaso puede haber otros senderos
que tuerzan los decretos del Destino!*

Emilio BOBADILLA
(Fray Candil)



LA LEYENDA DE LA SEDA



Desde las ramas del moral, donde envuelve á las falenas, hasta los talleres de la moda, de donde sale para envolver á las mujeres, ¡cuántos y cuán peregrinos son los avatares de la seda!

DICE la Fábula que una mujer de la isla de Cos imaginó, muchos siglos hace, devanar la peregrina madeja de un capullo, dentro del cual una larva de falena aguardaba el prodigio de su transformación en mariposa...

Y esta mujer torció los hilos impalpables, los tejió, y de sus manos industriosas vió surgir, translúcido, ingravido y sutil, como un jirón de niebla, el primer velo de seda, ante el cual, rediviva, se asombrara la propia Arácnica...

Pero la Fábula, que es hija de la Fantasía, y como tal visionaria y viajera, y que, por ende, no suele acomodarse á los estrechos límites de la Historia, plegó por azar sus alas

mucho antes de llegar á esos lindes, al querer peregrinar sobre la senda lejana y milenaria que vió desarrollarse la teoría fastuosa de la leyenda de la seda... Leyenda nacida allá en el misterio de los días incontables que vivió Asia la Hermética, en los bienaventurados tiempos en que aun no habían ido los bárbaros de Occidente—los hijos de la niebla y de la sombra—á buscar en vano sobre la ruta del sol la piedra talismán de las civilizaciones orientales, de las civilizaciones que mueren como vivieron, impenetrables, soportando la profanación de sus ruinas, pero guardando virgen el secreto de su alma...

ooo

Era, en lo remoto de aquellas edades, una pequeña mujer amarilla, tan menuda y frágil que, á estar vestida, no pareciera mujer, sino niña. Pero desnuda bajo las frondas en mañana de estío y de maravilla, bañábase en la corriente, y al recoger la túnica de sus cabellos, altos los brazos y erguido el cuerpo, brindábase á la caricia del sol, toda florecida con rosas de feminidad...

Iba la pequeña mujer amarilla cauce adentro, poniendo largos instantes de quietud entre cada uno de sus movimientos, que tenían solemnidad y pausa de rito; y cada vez que, inmóvil, alzaba sobre el espejo del agua su hierática actitud, estremeciase en torno de ella el río con el temblor de sus ondas, que, sucediéndose y ampliándose en la distancia, vibraban con el ritmo profundo y lento de la universal palpitación, en un ansia universal é infinita de amor...

Luego bella, con todas las bellezas de la forma, y pura, con toda la pureza del manantial, volvió la hija de Oriente hacia la ribera, y sobre ella contempló tristemente las ropas que, de nuevo, iba á vestir: eran ásperas y laceradas ropas de mujer pobre...

—Cubierta con tales harapos—murmuró la cuitada—he de parecer siempre obscura y triste, como tarde de invierno; y, sin embargo, el cristal del río me dice que, libre de esta pobreza que me oculta, soy como alborada de primavera...

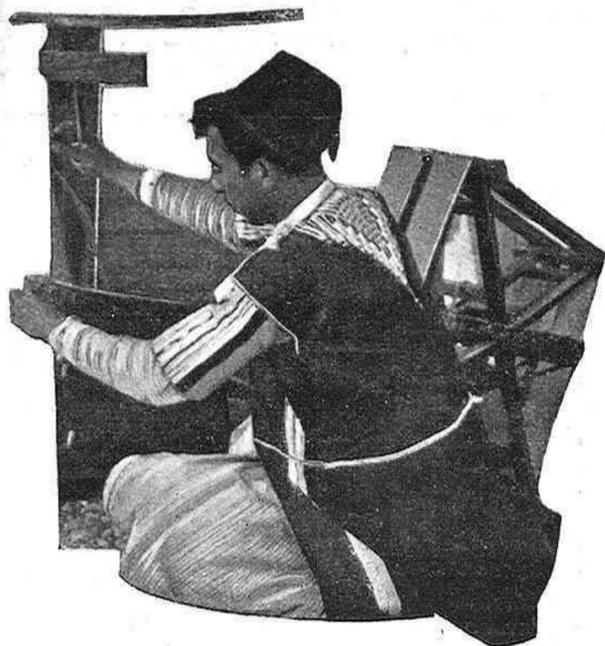
Alzó los ojos por apartarlos de su miseria, y vió, suspendida de una rama, una falena. Cegada por el día, la mariposa, inmóvil, descansaba. Hízola, la mujer, su prisionera, y contemplando con envidia el fasto de sus alas, exclamó:

—¡Ah, si yo tuviera, como tú tienes, un manto de reina!...

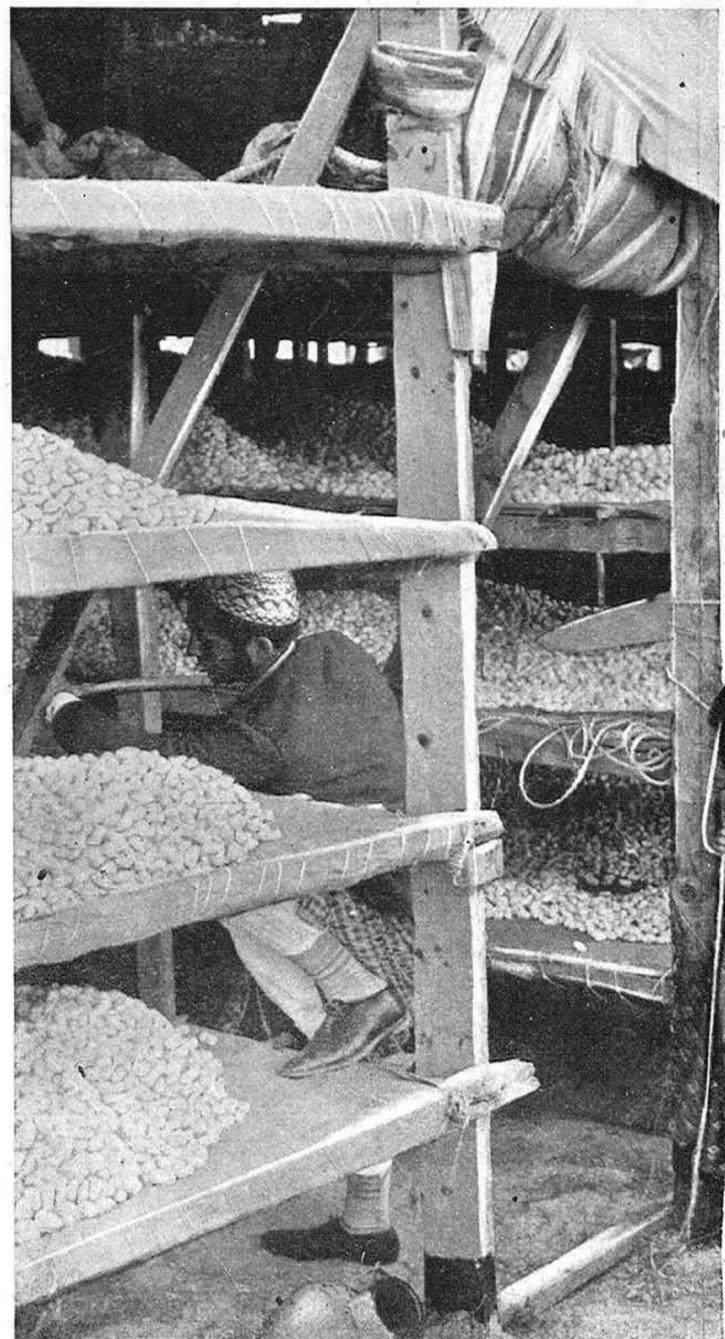
En angustia de pavor, la falena agitó sus alas, y, piadosa, la mujer hubo de posarla sobre la rama.

Entonces la mariposa habló, y dijo:

—Más desnudas que tú, y sin el dote de tu belleza, nuestras larvas saben tejer, para su sueño, un lecho tan prodigioso, que al despertar en él se ha realizado la maravilla de nuestra elevación... Desnudas, nos arrastramos sobre la tierra... Vestidas, volamos en la noche azul... Si es tu deseo tender, como nosotras, tu vuelo, torna esta noche á este lugar... Nuestras hábiles tejedoras te ofrecerán una túnica tan leve y tan brillante



Obrero asiático devanando el hilo de seda de un capullo. El obrero devana á la vez tres capullos, y tuerce los tres hilos juntos antes de pasar al carrete el hilo que resulta de esta operación. La longitud del hilo de seda que tiene un solo capullo es, por lo general, de 1.000 á 1.500 metros



Capullos del gusano de seda extendidos en los secaderos, donde se los tiene, durante algún tiempo, expuestos á la acción del aire. Fotografía obtenida en una manufactura de Esmirna. Los capullos que aparecen en este secadero, representan una verdadera fortuna en seda



Las mujeres de Esmirna que trabajan en la selección de los capullos de seda ganan "siete céntimos" diarios, y se dan por satisfechas

que, al igual de la luz, ella te vestirá, desnudándote... Y sobre esa túnica, nosotras, las mariposas, sacudiremos el polvo de iris de nuestras alas... ¡No habrá en el mundo mujer vestida como tú!...

Así dijo la falena, y así fué. En la noche misteriosa, en la noche de aquel día, volvió la pequeña mujer de Oriente

á la ribera oculta bajo frondas. Allí encontró un maravilloso velo que parecía tejido con rayos de luna. Sobre ese velo sacudieron las falenas el polvo de iris de sus alas, y vestida con tal riqueza fué la mujer bella y pobre hacia la ciudad...

Y en aquella noche azul tendió su vuelo, porque vió de hinojos á sus pies á los magnates y á los príncipes... Y un rey le ofreció su reino...

ooo

De esta suerte comenzó, en lo remoto del tiempo y del espacio, esta leyenda de la seda, que luego, trocada en historia, fué sobre el mundo por el camino de la vanidad; camino orillado á las veces por la dicha, y á las veces por el dolor...

Asia, la antigua, hizo don de los hilos prodigiosos á Europa, la nueva, y tejíanlos, esos hilos de luz, aquellas manufacturas que, desde las islas del mar Egeo, enviaban á Grecia y á Italia las gasas transparentes con las cuales—al igual de la pequeña mujer amarilla de la leyenda—se vestían, desnudándose, las damas de Atenas y de Roma.

No fueron las mujeres solas quienes sufrieron la fascinación de la seda. De Cos salían también aquellos recios mantos que, bordados luego en Egipto con hilos de plata y oro, lucían y pagaban á precios inverosímiles los patricios del Imperio, sin que

para atajar este desenfreno sirvieran de cosa alguna los edictos de Tiberio y los anatemas de Tertuliano y de Clemente de Alejandría.

Y fué en el siglo IV, después de Jesús, cuando la seda, gala de toda riqueza, cifra de toda

soberbia y cómplice de toda voluptuosidad, llegó en sacrilega paradoja hasta el templo y hasta el rito de Aquel que predicara á los hombres é impulsiera á sus apóstoles la pobreza, la humildad, la castidad.

ooo

La seda, gala de elegancias paganas, logró quebrantar el ascetismo de los señorios cristianos al llegar hasta ellos, con el botín de los Cruzados... Y fueron las damas de Ita-

lia y de Francia quienes acogieron con mayor entusiasmo aquellos presentes que de tierras lejanas, y de arte de infieles, pudieron ofrecerles sus señores y dueños.

Por eso, allá por los años del siglo XIII, aparecieron en el Comtat-Venaissin las primeras manufacturas de sedería, instaladas por artifices obreros de Génova, de Florencia y de Venecia. Más tarde, hacia 1450, aparece la sedería en Lyon, y treinta años después en Tours.

Más fué tal la prosperidad de la industria, que al cabo de tres siglos existían en Francia, y sólo en Lyon, doce mil manufacturas; se contaban cien mil en Inglaterra, y en cuarenta mil talleres fabricaba Suiza sus cintas de Basilea y sus taffetas de Zurich...

Esto ocurría hace siglo y medio. Hoy, ni Lyon, ni Tours, ni Spitalfield, ni Basilea, ni Zurich, ni siquiera los telares lejanos del Japón fabrican ni aun la centésima parte de los artículos de sedería

que necesitan los mercados del mundo... Esto, porque *es la guerra*; y si, por algún tiempo aún, sigue *siendo la guerra*, y se agotan las últimas reservas en los almacenes, hay muchas probabilidades, señoras mías, de que aquí termine, por ahora, la leyenda de la seda, y de que vuestra gentileza se vea en el duro trance de renunciar á los arácneos tejidos y á los translúcidos velos que, como la túnica ofrecida á la pequeña mujer de Oriente por las falenas legendarias, son alas de seducción que sostienen vuestro vuelo en las noches azules, en las amorosas noches todas consteladas de palpitantes fuegos, encendidos por vuestra hermosura en el cielo de nuestra ilusión.

Antonio G. DE LINARES

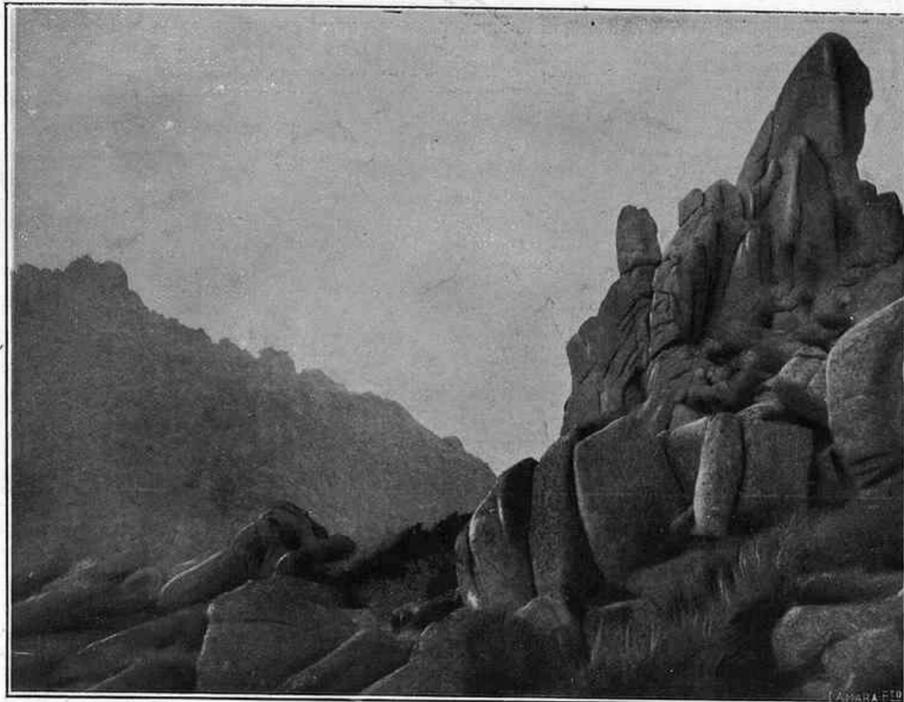
Fabricante de Esmirna comprando capullos á un sericicultor



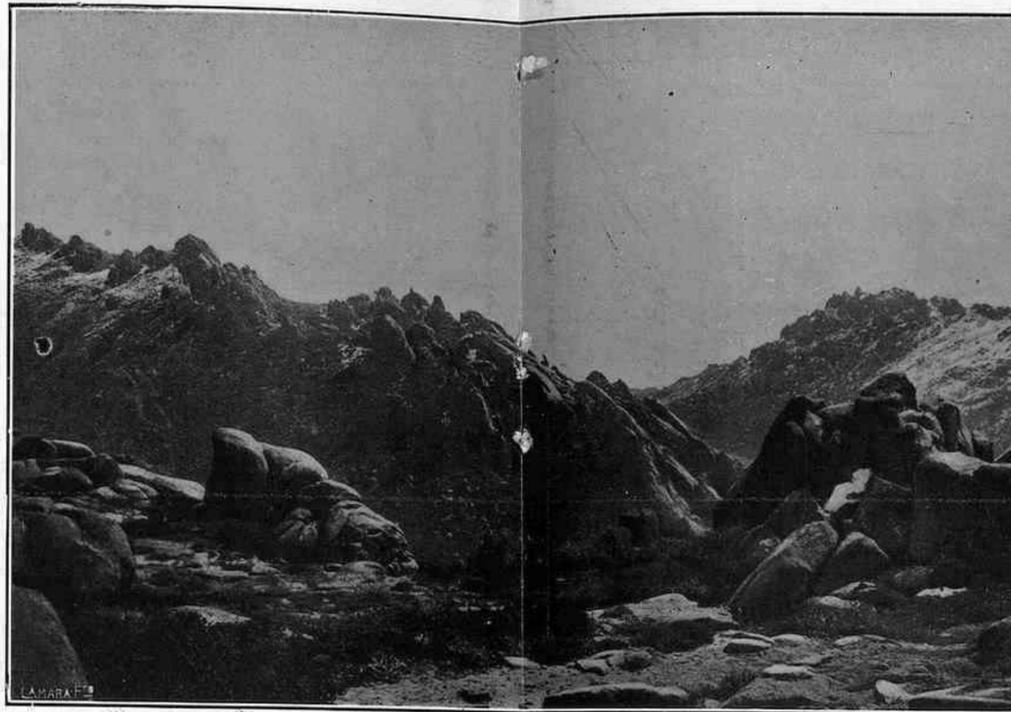
Las mujeres de París que no pueden gastar "siete luis" diarios en vestirse se consideran, en cambio, como muy desgraciadas



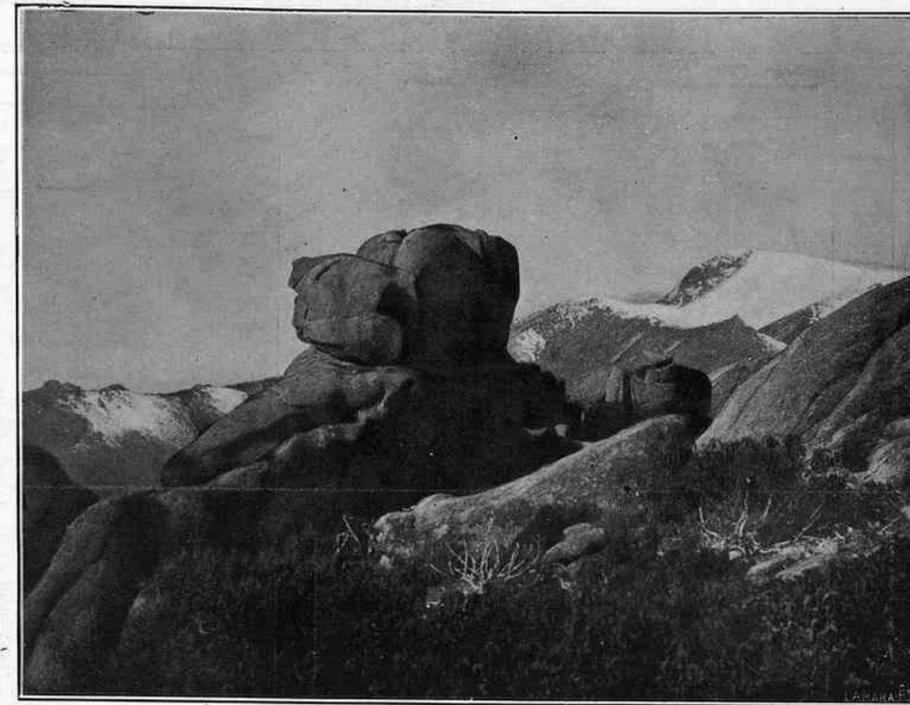
TIERRAS FRAGOSAS



Un bello panorama de "La majada de la Quila"



Altura de la majada de Quila, en la Pedriza posterior



Vista de "La maliciosa", desde la majada de Quila

Tiene este suelo indómito de Castilla, más que ningún otro suelo de España, una ruda grandeza en las moles ingentes de sus quebradas Sierras.

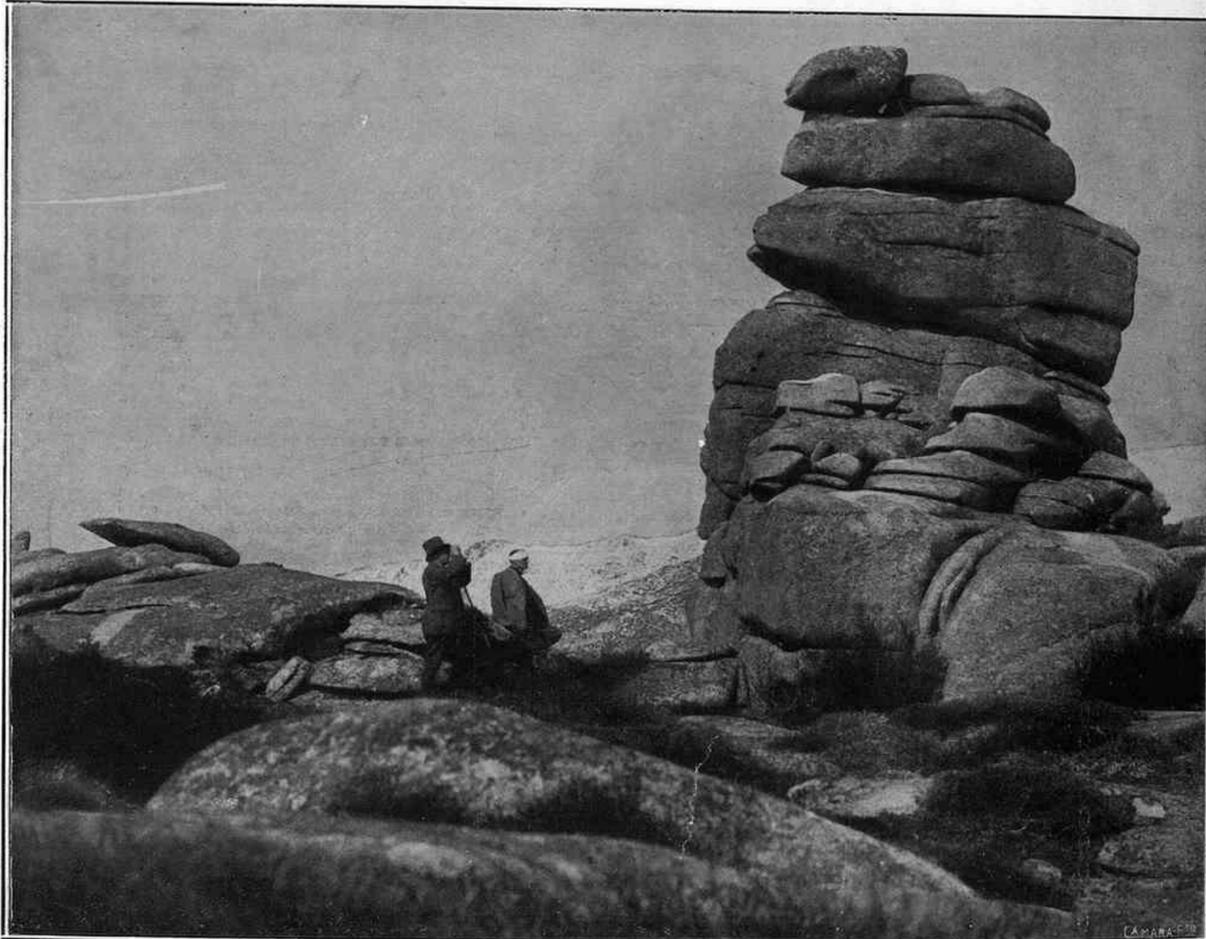
Castilla es árida, más que por la infertilidad de sus tierras por el abandono de los hombres; pero en sus arides adustas levanta, á intervalos, una legión de cumbres que semejan, por sus oscuros y extraños perfiles, las montañas misteriosas que pintó Gustavo Doré en sus ilustraciones de los cuentos encantados.

Es la Sierra abrupta de La Pedriza, que se yergue sobre el mismo corazón de Castilla, uno de los más bellos y trágicos espectáculos de la Naturaleza.

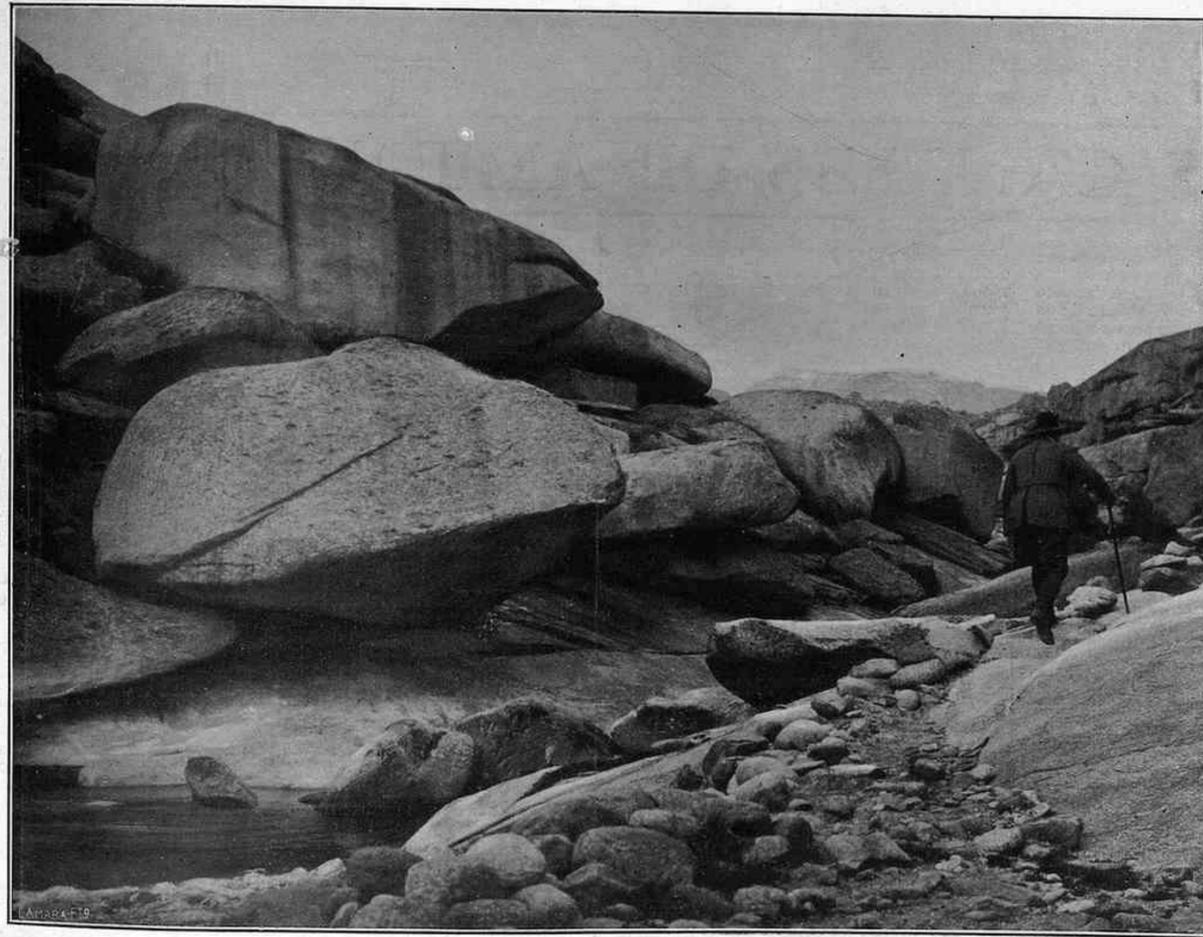
¿Qué escultor formidable labró á golpes ciclópeos de cincel esa maravillosa procesión de monstruos milenarios?

Jamás el genio humano—y conste que el nombre de Miguel Ángel viene sin sentir á los puntos de la pluma—forjó, en sus sueños atormentados, tan apocalíptica y espantable visión.

Las mismas leyes de la gravedad, leyes que nunca el hombre pudo amoldar á su capricho, se ven aquí vulneradas en sus más exactos axiomas, porque aquí no es difícil encontrar sobre el punto más agudo de una roca, so-cavada por el viento y



Un aspecto de la majada de Quila



Subida á la majada de Quila

la lluvia, la mole torcida, casi pronta á caer, y así siglos y más siglos, de otra roca capaz de ofrecer piedra bastante para la construcción de una pirámide.

Por los tristes meses invernales, en las hoscas encrucijadas que abrió la mano incansable del tiempo entre las vertientes pedregosas, ulula el viento como una manada de lobos acuciados por el hambre; soplo huracanado que sacude las oscuras ramas de los pinos con retorcimientos trágicos.

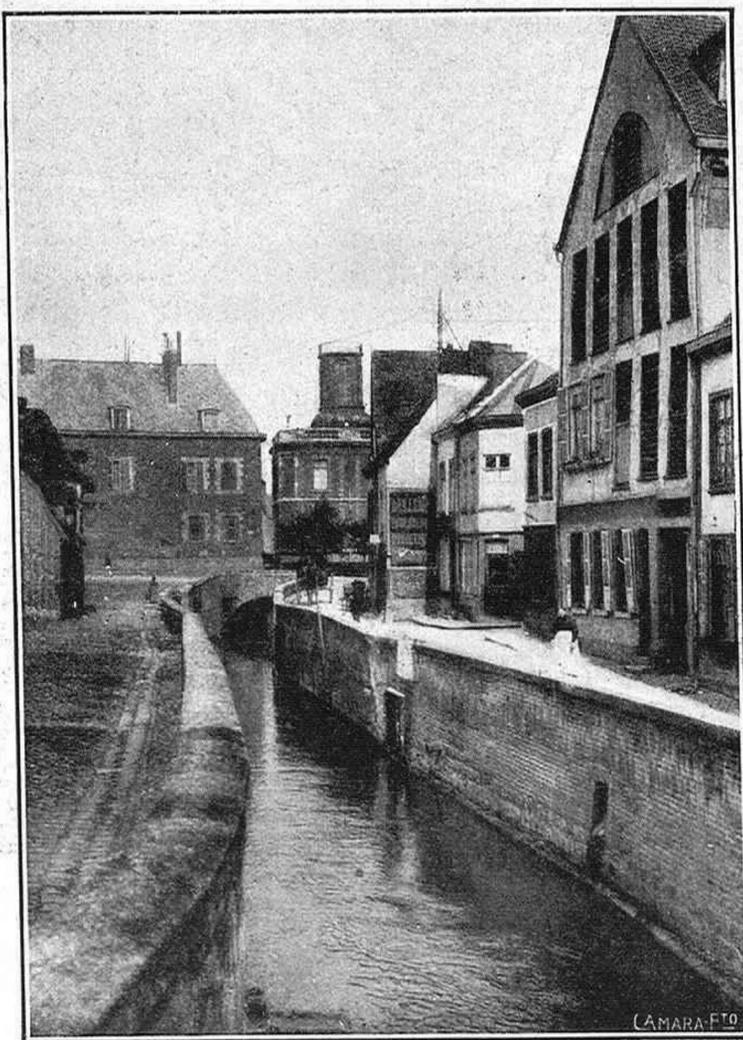
Estas Sierras quebradas, sombrías bajo las grises brumas, se tornan olorosas—¡oh, el aroma del cantueso, del tomillo y del espliego!—al romper en los cielos las auroras de Mayo, claros y sonoros amaneceres con revuelos de alondras y lejanos rumores de campanas. Y luego, allá por Julio, cuando vierte su lumbre el sol sobre los surcos sedientos y abrasados, estas cimas, aireadas y frescas por las brisas, ofrecen la soledad dormida de sus verdes alcores al rebaño que huyó de la llanada.

Vientos huracanados, alondras matinales, brisas frescas de paz, rebaños soñolientos, fragancias campesinas, celajes brumosos, lejanos tañidos de campanas y soles deslumbrantes encierran estas cumbres de la vieja Pedriza que se yerguen sobre el mismo corazón de Castilla.

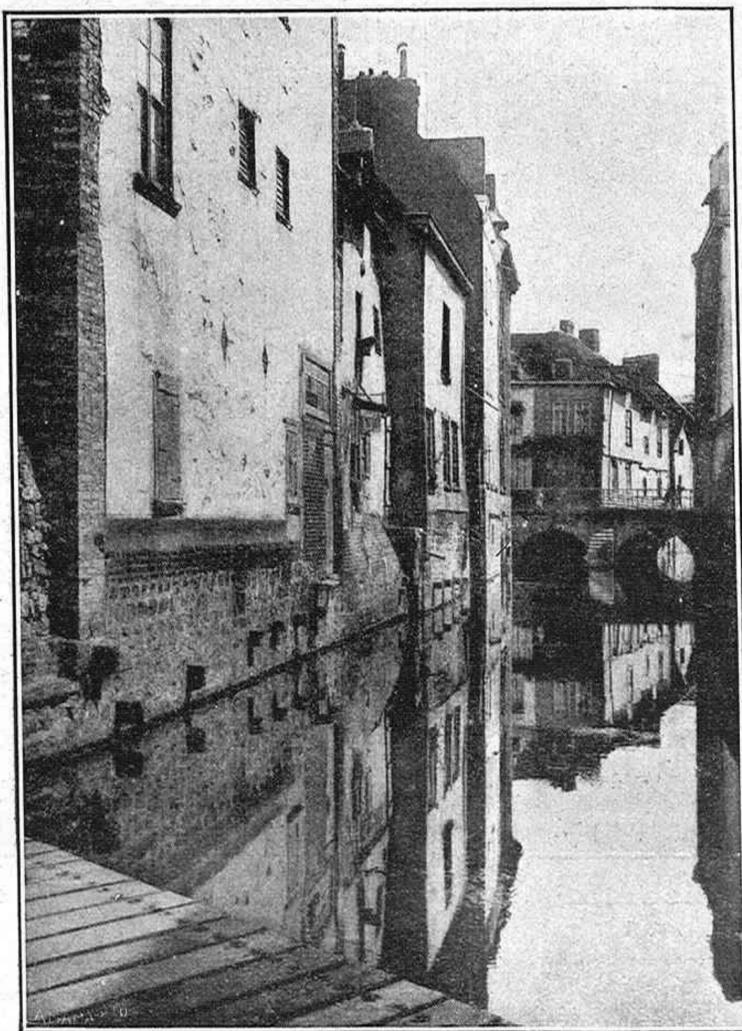
FOTOGRAFÍAS DE CLAUDIO PALACIOS



LAS CIUDADES DE LA GUERRA



Calle baja de las Tenerías



Calle de Canteraine

LOS CANALES DE AMIENS

En el mundo entero repercute estos días una sola palabra: Amiens. Todo el nudo trágico de esta guerra, que nadie parece decidido a cortar, está hoy en el nombre sonoro de la vieja capital de la Picardía. ¿Caerá en poder de los alemanes, como ha caído Armentières? ¿Se defenderá, pujante y bravia, como se defendió Verdun? ¿Ganará nueva fama y dará su nombre a otra paz como la de 1802? ¿Se detendrá ante los muros sagrados de su catedral la furia de los cañones enemigos, ó quedará arrasada la ciudad entera, como Arras y tantas otras de esta región, mártir de la guerra?

Mientras el peligro exista, no habrá en el mundo ningún amor de las glorias pretéritas, de las viejas catedrales, de los palacios señoriales, de las casonas vetustas que no piense en la poética ciudad de los canalizos del Soma y las columnas de piedra sonora, y no la imagine dolorido bajo la lluvia de proyectiles monstruosos que incendian y destrozan, convirtiendo en montones de ruinas la ciudad riente, donde naciera, como una linda flor de Francia, aquella Gabriela d'Estrés que ocupara la mitad de la vida y más de la mitad del corazón de Enrique IV.

En vano nos queremos convencer de que esta fatalidad ciega y loca que arrasa las bellas ciudades, y destruirá, con las catedrales de Reims y de Amiens, los más hermosos monumentos góticos de Francia, es inevitable; la inevitable guerra, que ha ido dejando miserios despojos de todas las civilizaciones. Creíamos llegada una edad en que fuera imposible consumir estos atentados. Por eso es más vivo el dolor de la Humanidad entera.

Hay en nuestras añoranzas de Amiens, en nuestros recuerdos de la rápida visita de viajero husmeador y curioso, la visión de aquel niño llorando que el escultor Blasset puso sobre la tumba del canónigo Lucas. Nos imaginamos aquella obra maestra vivificándose con el estruendo de los proyectiles que estallan, de las

bóvedas que se hunden, de la cristalería que se quiebra en mil pedazos, y lloramos con aquel niño lágrimas que, como las que el escultor genial puso en sus mejillas, deberían no desaparecer jamás. Vemos su llanto; oímos la música de aquellas columnas cuya piedra vibra como el bronce de las campanas, y nos espanta que Amiens desaparezca para siempre.



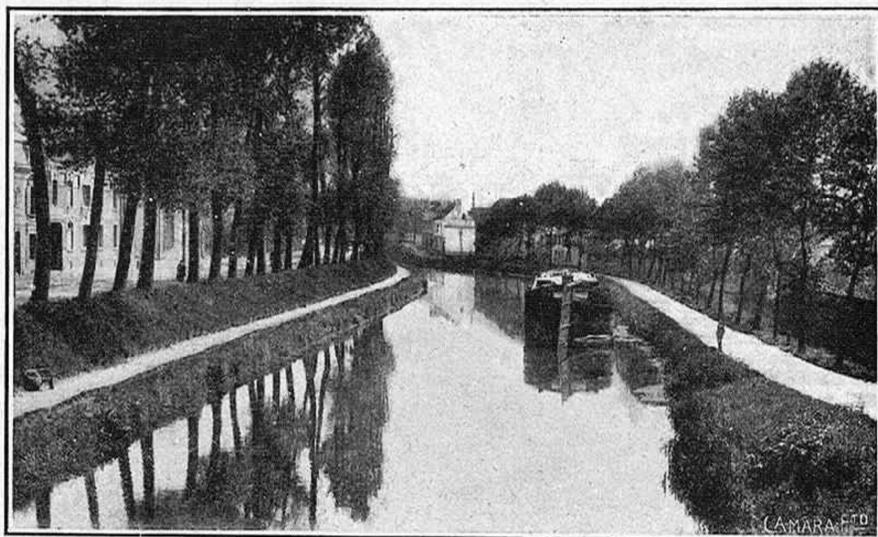
Calle de la Barette

Imaginad que esto no valiera nada ante el espíritu moderno que, bajo la apariencia del amor y del respeto á las obras del Arte, esconde los feroces egoísmos de las necesidades materiales. Como se soterraron las obras portentosas de las civilizaciones orientales y mediterráneas, pueden desaparecer las que nos legara el Renacimiento, sin que por ello la Humanidad deje de continuar su marcha. Después de esta guerra, sobre las ruinas de las ciudades que arrasara, surgirán nuevas ciudades que adornará la inspiración de nuevos artistas. El tesoro perdido no se recobrará; pero el espíritu del hombre creará en su lugar nuevas riquezas y obras nuevas. No logrará reproducirse la original belleza de las dos torrecillas del Castillo de Morgand, ni la gallarda sencillez del Molino del Rey; ya los guías de forasteros no podrán enseñar el salón donde se firmó la paz de Amiens; ni el altar ante el que se celebraron los trágicos desposorios de Carlos VI con Isabel de Baviera; ni el lugar de la iglesia de San Remigio, en que el gran Condé hizo donación de una bella efigie de la Virgen, después de la batalla de Rocroy; ni el subterráneo donde fué martirizado San Fermín; ni el vestibulo del palacio episcopal, donde Leonardo de Vinci, el autor de la *Gioconda* portentosa, pintó la estupenda *Entrada en Amiens de Francisco I.*

Algo más doloroso todavía... Imaginamos la metralla destrozando el canal del Soma, todo poesía y tódo riqueza. El canal abraza á Amiens con el amor de una madre; rodea sus arrabales, dándoles agua y fuerza á sus fábricas y á sus molinos; se reparte en limpias corrientes que entran por sus calles, festoneándolas de verdura y alegrándolas con su murmurio... Los tejedores de lino cantan sus canciones tradicionales mientras los husos silban girando apresuradamente y mientras el batán chapotea reciamente las fibras empapadas de los estanques. Todo Amiens está vivificado por los canales. De las



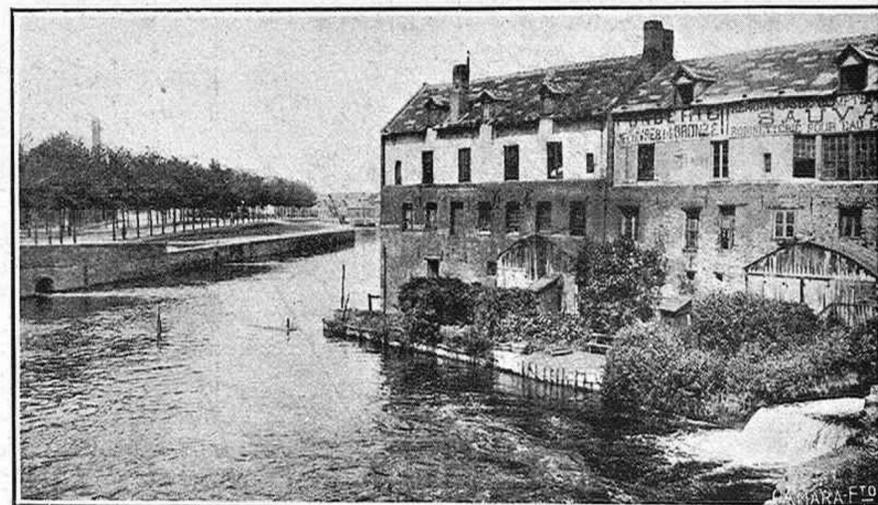
Calle alta de las Tenerías



Canal del Soma



Calle del Clarín



El Puerto Bajo

huertas vecinas, albufera sin par, cuyo trazado parece haber sido hecho por moros de Játiva ó de Elche, vienen al amanecer las lanchas al mercado.

La alegre bandada remera se distribuye por toda la ciudad voceando su mercancía, dejando los obreros en las fábricas, los chiquillos en las escuelas, las viejas rezadoras en las iglesias.

Es una convivencia diaria del campo y de los arrabales y de los pueblos cercanos: Ailly-sur-Somme, Breilly, Picquigny, Saint-Pierre-de-Gouy y tantos otros de que nos ha hablado madame de Sévigné, con el bulevar de Alsacia-Lorena, amplio y alegre, orgulloso de sus cuatro hileras de acacias, de sus hotelitos coquetones rodeados de jardincillos, y con la plaza del Parvis de la Catedral, la de las casas góticas, y con la avenida de París, bulliciosa y trajinera, y con la calle de Noyon, sun-

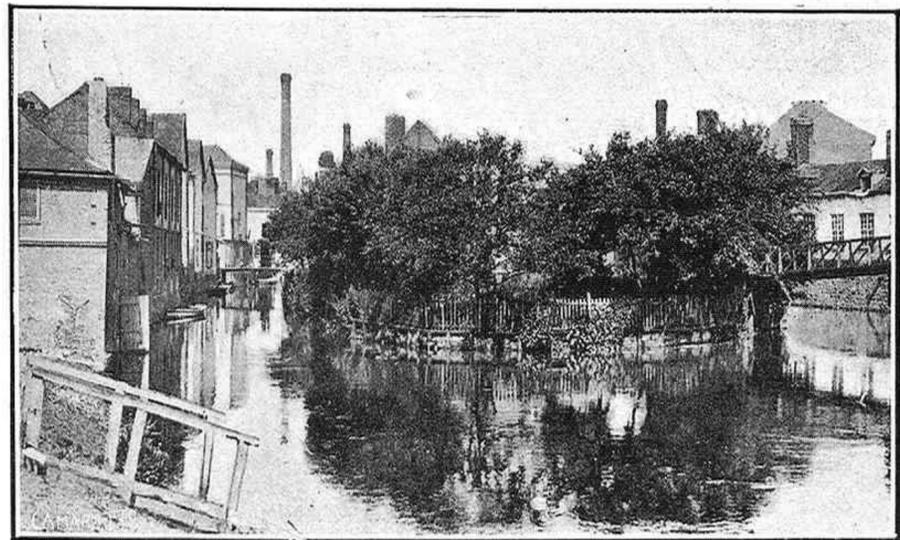


Calle de Noyon

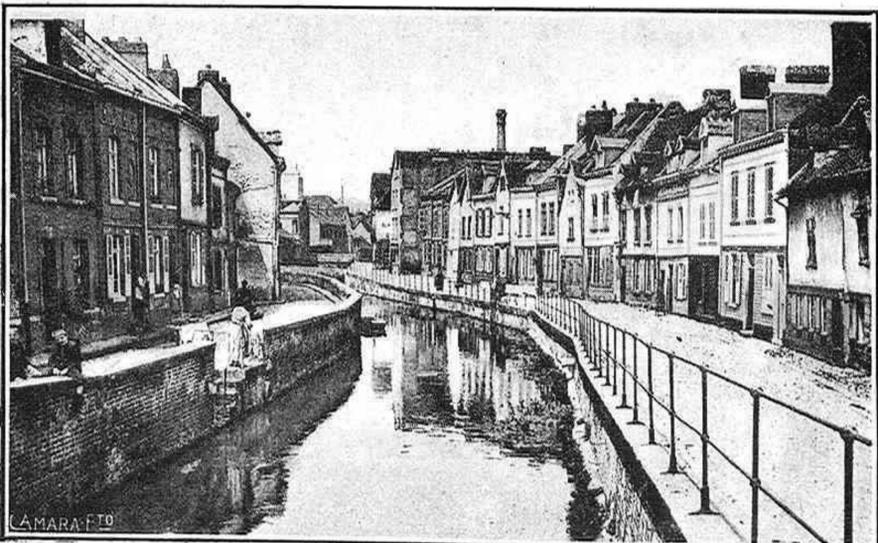
tuosa y rica como una calle de la industrial Burdeos, del Havre ó del mismo París.

Nos imaginamos todo esto convertido en un campo de embudos que la artillería ha sembrado de proyectiles y donde las aguas, desbordadas, han trocado en cieno la tierra turbosa sobre que se asienta esta obra admirable de fecundidad, de alegría y de belleza que sólo podía realizar el genio y la laboriosidad del pueblo francés, de ese admirable pueblo francés, que, como Anteo, cobra nuevas fuerzas á cada choque con la adversidad, y al imaginarnos esa posible tragedia, sentimos que nuestros ojos se llenan de lágrimas, como las del niño esculpido por Blasset sobre la tumba del canónigo Lucas, en aquella catedral que evocara Leonardo de Vinci para perpetuar unas horas de gloria militar de Francisco I.

MÍNIMO ESPAÑOL



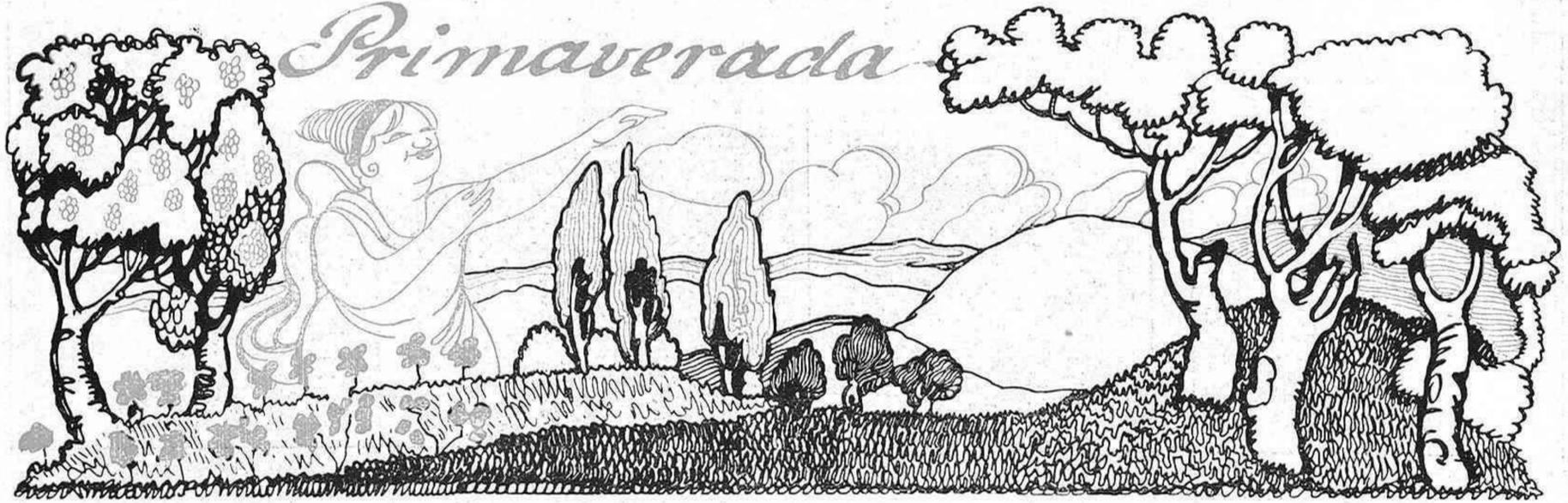
El boulevard Baraban



Calle de Majeots

BIBLIOTECA MADRID

Primaverada



Me pediste, Inés querida,
de simpática manera,
que cantase á la florida
Primavera,
sin pensar que, ora entre llanto,
ora en cómicas cuartetas,
ya la han puesto ¡hasta de canto!
los poetas.

Aunque me haces un encargo
muy difícil, prenda mía,
de servirte, sin embargo,
me holgaría.

Mas ¿qué canto, decidido,
á esa Primavera amada,
que ya por todos ha sido
tan sobada?

¿Le canto al céfiro suave?
¿Le canto al almendro en flor?
¿Le lanzo algún canto al ave?

No, ¡qué horror!
¿Canto á las rosas variadas
y á las lilas, que verás
junto á ti representadas
por tu Blas?

Si le amas de la manera
que te dicte Belcebú,
la prima ó la "primavera"
serás tú.

¿Les canto á las mariposas,
siquiera por una vez?
¿Canto á las fresas famosas
de Aranjuez?

¿Canto acaso, si en tu afán
de que cante así lo quieres,



á lo ricos que ahora están
las mujeres?

Canto á los molestos granos,
mejor dicho, á los odiosos
forúnculos inhumanos
y copiosos
que mientras de bulto aumentan
y no quieren, bajo el trapo,
reventarse, le revientan
al más guapo?

¿Qué quieres, Inés, en suma?
¿Que, aunque de la primavera
pasó ya, cante mi pluma
pajolera

á la gran doña Inocentes,
tu mamá, que es (¡pobrecilla!)
un forúnculo con lentes
y toquilla?

Pues ni en verso ni en vil prosa
diré nada á mis lectores
sobre la estación hermosa
de las flores;

porque cursi lo hallarían,
y á mí, aun cuando no quisiera,
es á quien le llamarían
"primavera".

Conque, Inés, vete "á paseo",
que la rosa y el jazmín
te reclaman, según creo,
desde el fondo del jardín.

Juan PÉREZ ZÚÑIGA

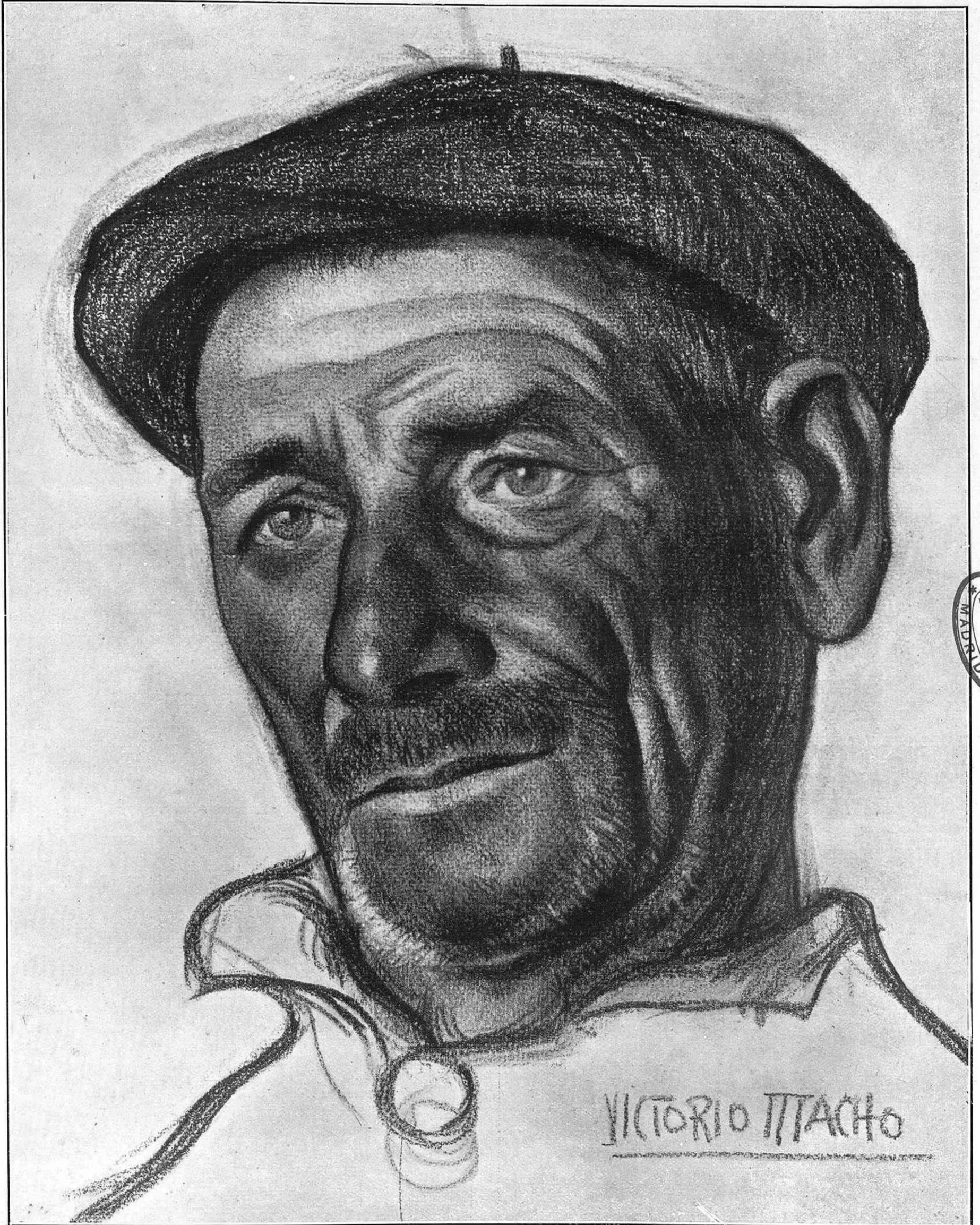
Sevilla y Abril de 1918.

DIBUJO DE ROBLEDANO



Robledano

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LABRIEGO ESPAÑOL, dibujo del notable escultor Victorio Macho

LA VIDA ARTÍSTICA
EXPOSICIÓN CAPROTTY



"De pura sangre" (cuadro)



"Vieja abulense" (dibujo)



"El ánfora" (cuadro)

RATIFICA esta exposición que de sus obras más recientes hace Guido Caprotty en el Salón Permanente del Círculo de Bellas Artes, el halagüeño juicio que formamos del ilustre pintor italiano frente á sus envíos de la Nacional última.

No es la Exposición Caprotty una de tantas con ensayitos, bocetos, apuntes y obras de escasos mérito y proporciones como ahora se acostumbra, sino una verdadera Exposición: la labor de un hombre consciente de su dignidad estética y el serio esfuerzo de un gran temperamento de pintor expresado en cuadros, verdaderos cuadros.

Inmediata á la sensación satisfactoria que nos causa el hallarnos en presencia de una verdadera Exposición, semejante, por la importancia de las obras, á las de Néstor, Miguel Nieto, Maez-

tu, Beltrán y Anglada—por citar solamente las celebradas en Madrid desde hace cuatro años—, se une el deleite contemplativo de ese gran temperamento pictórico á que aludíamos antes.

Es el espectáculo pródigo, generoso, de una sensibilidad ofrecida en toda su desnudez, de un espíritu palpitante é inquietado por las más profundas y las más superficiales emociones, pero que no oculta el paso de ellas hipócrita ó cauteloso.

Parece que se refuta á sí mismo en tendencias y en procedimientos Guido Caprotty da Monza. Y, sin embargo, hay una norma estricta, definida, en su producción, tan diversa, que acaba por surgir como un florido ligamento de unos cuadros á otros, cuando se les estudia detenidamente, sin dejarse influir por el concepto, demasiado rectilíneo, que se tiene en Espa-

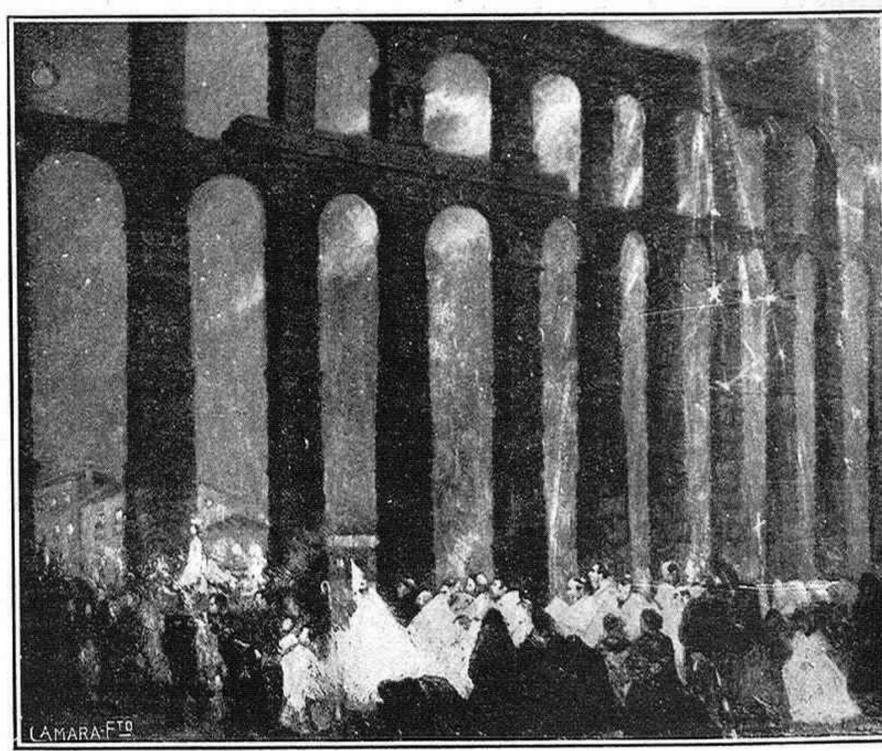
ña de las personalidades artísticas é intelectuales.

¿Quiere decir con ello que Guido Caprotty es un pintor definitivamente cristalizado, llegado á ese término donde aguarda la clasificación ajena?

No; y de aquí el enorme interés de su pintura actual. Poco á poco se irán concretando aspectos psicológicos y conceptos técnicos. En su arte, como en un cuadro perfecto, se irán acusando los términos debidamente, se aquietarán de madurez las inquietudes juveniles de hoy, y habrá un sosiego aparente, una armonía de conjunto que tranquilizará á los críticos—y, sobre todo, á los profesionales temerosos por los peligros futuros—; pero en el fondo permanecerá el pintor ávido, insatisfecho, por su misma exuberancia de cualidades, que es Guido Caprotty.



"La fiesta de la "señá" Encarnación"



"La rogativa"

(Cuadros de Guido Caprotty)



"La cita"



"Por tierras de Castilla"

La varia y extensa producción ofrecida por el artista italiano en el Círculo de Bellas Artes es —con algunos otros lienzos expuestos por falta de local—, producto de poco más de un año de una labor constante, obstinada en una febril insistencia de la inspiración.

Y, preferentemente, esta labor ha sido realizada en Avila, penetrado por entero del encanto brujo que se respira con el ambiente de la Ciudad Unica. Llegó a ella Caprotty después de dos grandes pintores españoles: López Mezquita y Chicharro, y de una larga serie de glosadores pictóricos extranjeros. Pueden, no obstante, sus lienzos ser contemplados junto a los de aquellos maestros, y, desde luego, supera su fecunda interpretación sugeridora a la de los glosadores exóticos.

Porque no empequeñece la visión de Castilla con trozos aislados de paisaje, con la pintura de tipos y trajes regionales de tarjeta postal para turistas. Nada más lejos de un españolismo epidémico, pegadizo, que estos cuadros recios de la recia España castellana, creados por un italiano luego de cruzar por las modernas tendencias de Francia y de Alemania.

Estos cuadros de Guido Caprotty están saturados del ambiente donde fueron concebidos y realizados; reflejan la identificación absoluta, la plena consubstanciación del artista con el medio. Diríase que tienen, además del color y de la línea, hasta el sabor y el olor de la vieja Castilla, perdurable en su integridad a través de los siglos.

□□□

Atendiendo a las dimensiones, los cuatro cua-

dro más importantes de la Exposición son: *Por tierras de Castilla*, *La cita*, *La voz de las tinieblas* y *La confesión*.

Por tierras de Castilla es de un realismo honrado y castizo. Hay figuras virilmente construidas, y el arabesco es de un dramatismo profundo, a tono con el tema de la obra.

La confesión es una hábil y bien resuelta armonía de verdes, amarillos y negros. En este cuadro, la figura de la vieja —¡oh, las viejas de Caprotty merecerían un artículo especial!— es admirable.

Pero *La cita* y *La voz de las tinieblas* señalan la verdadera supremacía.

La cita es un lienzo armonioso, eurítmico, orquestado, además, con un cromatismo ubérrimo. Sorteada está en él las dificultades de perspectiva, de relación de valores, de una línea noble que inicia el pico del sombrero de uno de los campesinos, y concluye la mano de la moza que sube como una llama en la tarde y en la carne de quienes la acechan.

Esta *Virgen roja*, que parece incendiar todo el cuadro, y a cuyo resplandor ígneo el cielo mismo se encalidece con nubes de glorificación, es una de las más bellas figuras que ha pintado Caprotty, y simbólicamente señala el advenimiento de su arte en nuestra moderna pintura.

La voz de las tinieblas renueva el tema de los hechizamientos románticos de Avila nocturna que inició *Los ojos de la noche*. En el silencio azul de la ciudad dormida, el sereno canta las horas lentas, soñolientas. Es una silueta brava, ruda, construida enérgicamente por el pintor. Tiene la vejez recia de los castellanos, hijos de las llanu-

ras extensas y los cielos limpios. Y en contraste con toda esta fortaleza tensa, herculiana que se lamenta en un ritmo melancólico, la ciudad misma se empequeñece, se acoquina, y esa capillita blanca, que a su izquierda se recorta escuetamente, es como un frívolo juguete, olvidado a los pies del abuelo roblezudo por la netezuela que duerme...

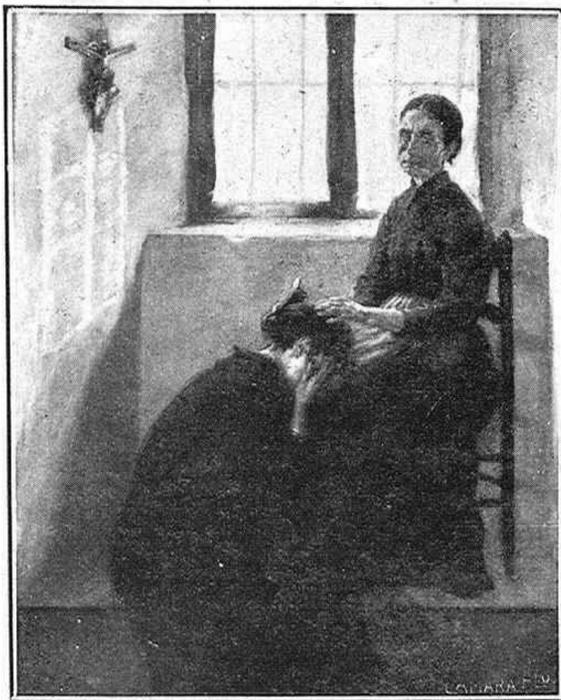
Siguen después en mérito é importancia las figuras *Mirando al muerto*, *El descenso*, *La creyente*, *Anima mea indómine*. Son las viejas abulesas, estas viejas españolas tan características, tan inconfundiblemente raciales. Caprotty las interpreta de un modo ahincado y decisivo.

Y al lado de estas viejas lúgubres la pompa colorista de los *panneaux* *La rogativa*, *La fiesta de la señá Encarnación* y *La mañana*; las delicadezas suavísimas de *La catedral de Burgos* y *Desde mi ventana*.

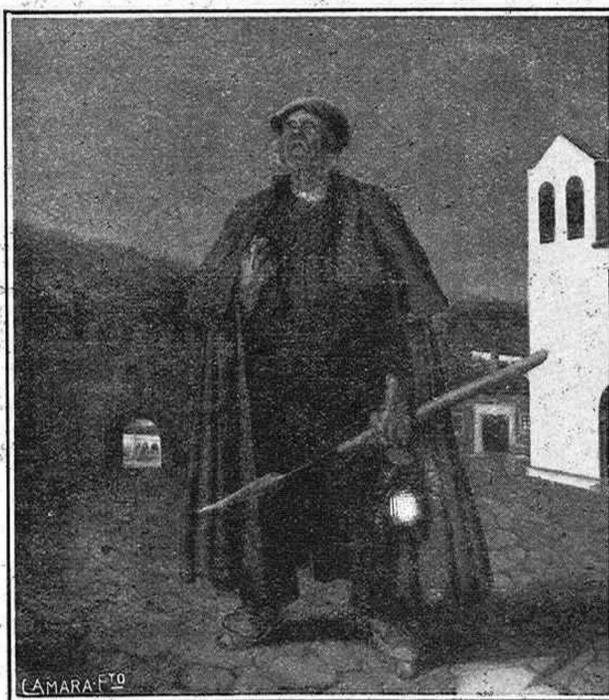
Y, finalmente, en sutilísimo contraste de toda esta evocación de figuras, ambientes, costumbres y tipos españoles, una silueta elegantísima de mujer ultramoderna, supercivilizada, un retrato que nada podrán reprocharle los maestros del difícil género. Como pintura, es una de las mejores obras de Guido Caprotty.

Como símbolo, también. La moza ígnea de *La cita* y esta dama áurea señalan por ahora los dos términos en que se desenvuelve el arte del ilustre pintor italiano. Va entre las dos mujeres como uno de esos galanes que en los retornos vernaes y vesperales nos hacen volver la cabeza, melancólicos de la felicidad ajena...

José FRANCÉS



"La confesión"



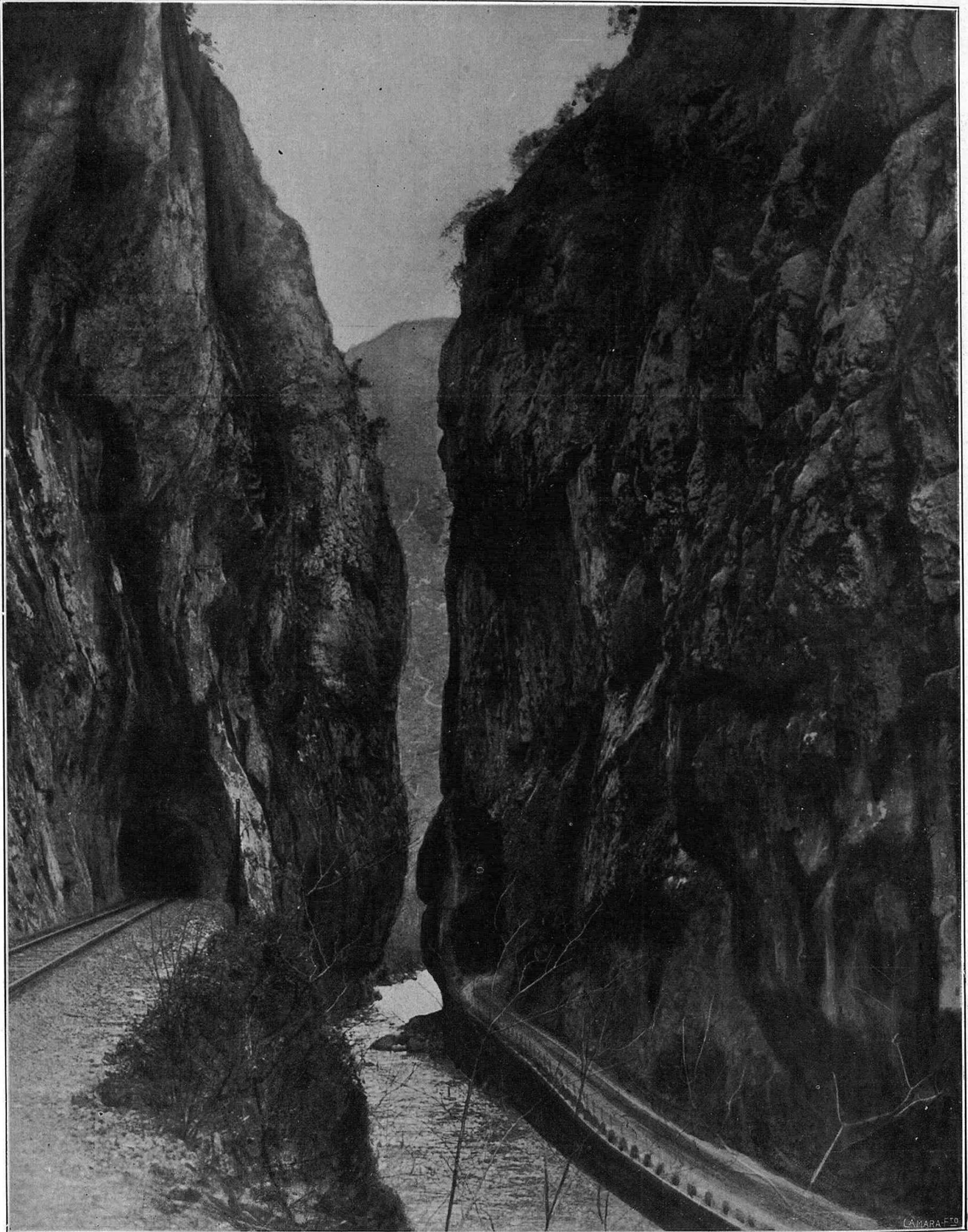
"La voz de las tinieblas"
(Cuadros de Guido Caprotty)



"Felisa y Nabucodonosor"



PAISAJES ASTURIANOS



Las peñas de Caranga, uno de los más bellos é imponentes panoramas de Asturias

FOT. L. TORON

CAMARA FTO

INTIMIDADES DE UNA REINA LAS MUÑECAS, MAESTRAS



La Reina Victoria, de Inglaterra, en 1825

sabía hacer compatibles la amenidad con la severidad de la ciencia, y luego, en el Instituto de segunda enseñanza de la propia ciudad, el ilustre catedrático D. Emilio Ribera, cuyas lecciones de Historia Natural, de Organografía, Fisiología é Higiene eran siempre un delicioso primor de amenidad anecdótica, de humorismo, hasta de chascarrillos. En Mineralogía, en Botánica y en Zoología, aderezaba la enseñanza científica con curiosidades acerca de las mil aplicaciones que en la vida práctica y en la industria tenían los ejemplares que servían de tema á la lección, así desde las aplicaciones y las falsificaciones de las piedras, hasta los guisos de muchos animales. ¡Oh! aquella lección del corazón, aprendida de labios del doctor D. Emilio Ribera, no se olvidaba jamás... Y, cosa rara, sus libros estaban escritos como todos los libros de ciencia: con sencillez dogmática, pero sin la amenidad de sus charlas de cátedra... Y es que era, ante todo y sobre todo, un gran *causeur*, un maestro en el arte de conversar, que es lo que debe ser principalmente un buen maestro... Recuerdo que á todas las demás cátedras solían faltar, pero á la del doctor Emilio Ribera —¿vivirá aún? ¡Cuánto me alegraría que llegase hasta él este recuerdo de un alumno agradecido!—, á la cátedra de D. Emilio Ribera no se faltaba nunca... Como que en ningún otro sitio se pasaba una hora más agradable que en aquella aula donde oficiaba un sabio que sabía hacer amable la sabiduría.

Y es que el buen maestro necesita, antes que mucha ciencia, mucho ingenio... A veces, un juguete trivial y vulgar sirve para enseñar mucho mejor que el libro más empingorotado... ¡Unas muñecas! ¿Será posible que unas muñecas sirvan para dar lecciones de suma importancia y de grandes dificultades para aprenderlas nada menos que á una princesa, llamada á regir uno de los países más grandes de Europa, si no el mayor?, se preguntará el lector que no haya nacido con el don de enseñar, ó que no haya tenido un buen maestro sabio y ameno á la vez. Pues sí. Una colección de muñecas ha servido en el siglo pasado nada menos que para inculcar sin esfuerzo enseñanza tan trascendental como los trajes que requería la etiqueta en las diversas solemnidades en



La Reina Victoria, de Inglaterra, en 1879

El arte de enseñar bien sin aburrir y sin fatigar la inteligencia del infantil discípulo, ¡cuán difícil es! ¡Como que yo lo creo un don del cielo!... De todos los maestros que yo he tenido en mis estudios académicos, solamente recuerdo: el director del Colegio de San Rafael, de primera enseñanza, en Valencia, mi llorado maestro D. Domingo García, un santo y un sabio que

que había de intervenir una Soberana cuyo reinado ha sido el más largo después del de Francisco José, de Austria, el emperador muerto hace poco. Así lo demuestran unas páginas de la obra en que se han publicado las cartas que la Reina Victoria, de Inglaterra, escribió á sus parientes, á sus ministros y á sus amigos, y el Diario donde ella consignaba hasta los más triviales acontecimientos de su augusta vida.

Alejandra Victoria, hija del duque de Kent, sobrina y la pariente más cercana de Guillermo IV, Rey de Inglaterra, tenía diez y siete años cuando su tío murió, en 20 de Junio de 1837, sin dejar hijos. Con arreglo á la Constitución inglesa, fué llamada á reinar. Una página de su Diario, llena de ingenuidad conmovedora, refiere así, hora por hora, los sucesos de aquella jornada en que una muchachita se convirtió en la Soberana de una gran nación:

«Martes, 20 Junio 1837.

»Mamá me despertó á las seis, diciéndome que el arzobispo de Cantorbery y el gran chambelán, lord Conyngham, estaban allí y deseaban verme. Me levanté, pasé á mi saloncito en bata, y les recibí sola. Lord Conyngham dobló la rodilla y me besó la mano al entregarme la comuni-



La Reina Victoria, de Inglaterra, en 1842

cación oficial de la muerte del Rey. En seguida me fuí á mi cuarto y me vestí.

»A las nueve recibí á lord Melbourne, el primer ministro, en mi habitación. Conversé con él algunos minutos. Después salió él. Iba de rigurosa etiqueta. A las once y media bajé al salón rojo y celebré un Consejo.

»Yo estaba muy nerviosa, y tuve la satisfacción de saber que todos estaban satisfechos de lo que había hecho, y de cómo lo había hecho.»

Y más tarde, en 28 de Junio de 1838, describía así la grandiosa ceremonia de su coronación:

«Despierta á las cuatro por el cañón del parque, no he podido recobrar el sueño á causa del ruido de la muchedumbre, de las músicas militares, etc. Me levanté á las siete, sintiéndome llena de fuerza y muy bien del todo. El parque ofrecía un espectáculo curioso, una muchedumbre inmensa hasta Constitution Hill, soldados, músicas, etc.

»A las diez subí á la carroza de gala con la duquesa de Sutherland y lord Alberdmore, y la procesión se puso en marcha. Hacía muy buen tiempo, y la multitud era mucho mayor de lo que yo había visto jamás...

»Poco después de las once y media, entre aclamaciones ensordecedoras, he llegado á la abadía. Pasé primero á un salón de descanso, y

muy cerca de la entrada... Después de haberme vestido mi manto; después que las damas lo hubieron cogido de los bordes, y lord Conyngham por la cola, dejé el salón de descanso, y el cortejo se puso en marcha. El espectáculo era magnífico: los bancos de las Pares, todas con trajes de gala, estaban verdaderamente soberbias, y los Pares estaban enfrente de ellas.

»Primeramente pasé á la capilla de San Eduardo, detrás del altar, con mis damas de honor. Me quité mi traje carmesí y mi manto, y me puse la túnica de tisú de oro; me quité igualmente mi diadema de diamantes; después entré con la cabeza descubierta en la abadía. Entonces me hicieron sentar en el trono, donde la dalmática me ha sido ceñida por el lord gran chambelán. Después de diversas ceremonias, se me colocó la corona en la cabeza; fué, debo confesarlo, un momento singularmente bello é impresionante: todos los Pares, ellos y ellas, se tocaron al mismo tiempo con sus coronas.

»La entronización y el homenaje ofrecido por los obispos y los Pares todo esto fué muy bello. El querido y viejo lord Rolle, que tiene ochenta años y está terriblemente impedido, al intentar subir las gradas cayó y rodó abajo, pero no se hizo ningún daño. Cuando volvió á intentar subir los escalones, yo me adelanté hasta él para evitar una segunda caída.

»A las cuatro, poco más ó menos, volví á subir á mi carroza con la corona en la cabeza, el cetro y el globo en mis manos, y seguimos el mismo camino que á la ida. La multitud había aumentado aun más; su afecto y su lealtad eran verdaderamente conmovedores. ¡Siempre recordaré esta jornada!...

Para concluir, porque no tengo espacio para detallar más: Todos los asistentes á la coronación en la abadía de Westminster, admiraron el conocimiento que la joven Soberana tenía de los menores detalles de la etiqueta...

¿Quién se los había enseñado? Su colección de ciento treinta y dos muñecas.

La vieja duquesa de Northumberland, gobernante de la joven princesa, había tenido la ingeniosa idea de hacerle ensayar el ceremonial oficial, agrupando todos aquellos muñecos en una gran mesa, según las reglas del protocolo.

Y he aquí cómo la vieja duquesa fué una gran artista del magisterio. Supo ejercer el suyo, como deben ejercerse todos: enseñando y divirtiendo á su discípula, que creía jugar, cuando, en realidad, estaba aprendiendo trascendentales lecciones de etiqueta, necesarias y convenientes para ser reina.



La Reina Victoria, de Inglaterra, en 1837



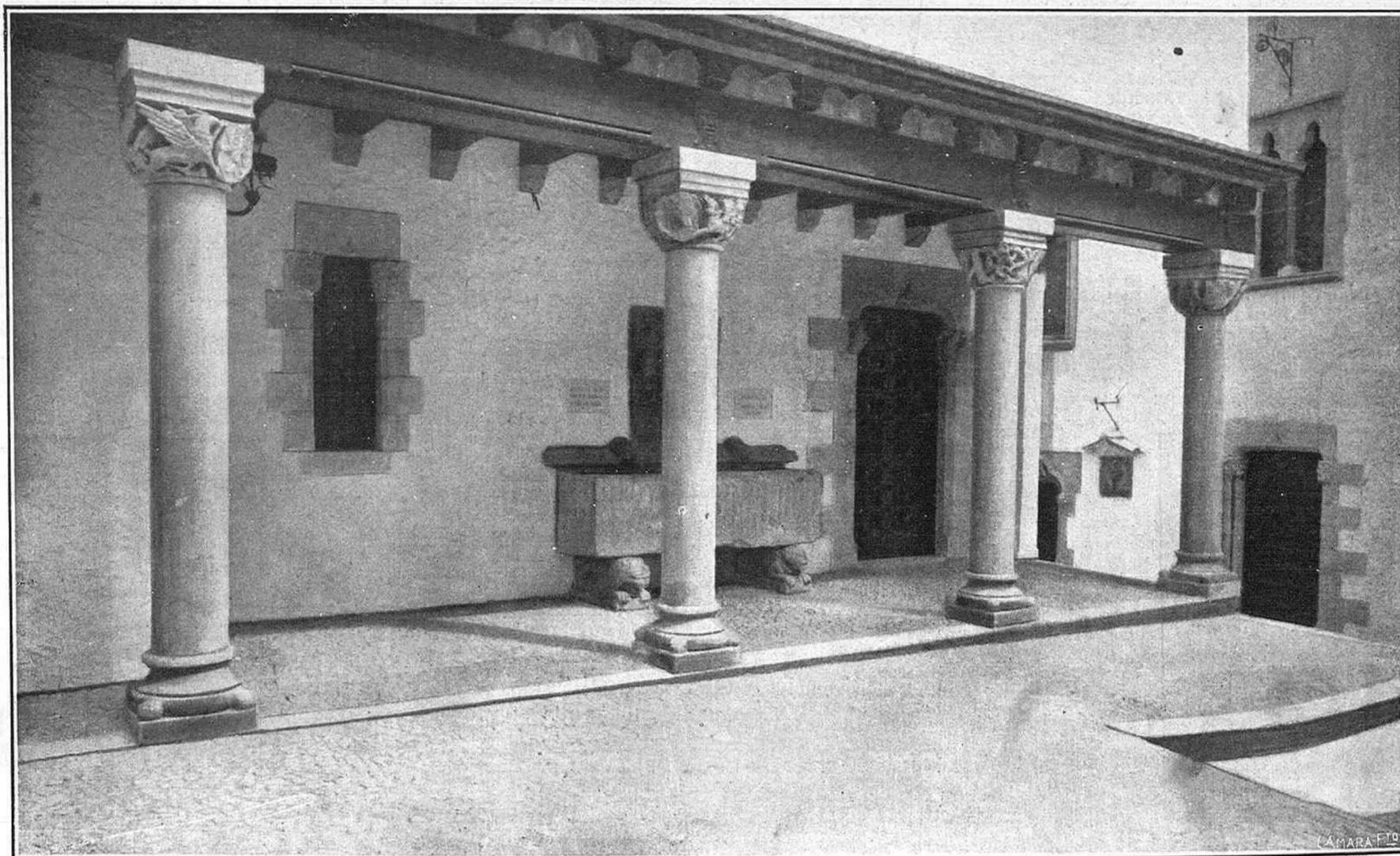
La Reina Victoria, de Inglaterra, en 1892

E. GONZÁLEZ FIOLE

CATALUÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Plazuela de San Juan de Marysel, de Sitges (Barcelona)



Artístico pórtico de la fuente de Marysel, de Sitges

FOTS. CASAÑAS



PROBLEMAS

No hay libros morales ni inmORALES. Sólo hay libros bien ó mal escritos. Estas palabras de Oscar Wilde han sido aplicadas por un artista á otro que acaba de casarse. Y la frase mereció la censura más despectiva de las tres mujeres que escuchaban al disertante en la intimidad...

Dice el comentarista:

—Yo no comprendo cómo un pintor, ó un escultor, pueden unirse á una muchacha fea, por inteligente, virtuosa ó espiritual que parezca la elegida... Me explico el caso contrario... Nada tan lógico como la sugestión que lleva hasta al fracaso de su vida á un dibujante ó un estatuario víctima de la belleza de una línea, de la tonalidad de unos cabellos, del ritmo de un cuerpo que semeja alado con alas invisibles...

Replicó una de las tres mujeres:

—Sin embargo, son muchos los grandes artistas plásticos que se casaron, no con sus musas, sino con sus digamos enfermeras de alma, con la criatura buena y simple que los consuela en los momentos de pesadumbre y desilusión.

—Y de ahí, amiga mía, las traiciones inevitables... Si el artista prefiere los encantos suaves y dulces del hogar á la embriaguez satánica de su arte, es que no se entregó del todo al sacerdocio suyo... Si, por el contrario, le domina

la hermosura externa, entonces no reserva para la esposa más que sus desfallecimientos, ya que el entusiasmo pertenece á los modelos que se exhiben en la tarima del *atelier*...

Interrumpió la parrufada otra de las mujeres que oían, con una altivez desdeñosa:

—Según eso, pintores y escultores deberían casarse con sus modelos...

—Cuando menos, se repiten tales bodas con frecuencia... La mayoría de nuestros pensionados en Roma, vuelven maridados con una Venus de las que se ofrecen en la *Plaza de España*... Y tampoco es raro el caso de que por el tiempo hagan de modelos las que fueron novias burguesas... Conocida es la anécdota de Salzillo, que mintió la muerte de su hijo sólo para observar en la madre la explosión del dolor... Rubens pintaba desnuda á su *cara mitad*... No hablemos de Rafael y la *Fornarina*...

La tercera mujer añade su objeción á las anteriores:

—Admitamos su teoría... No olvidemos que los años pasan y llega un día en que el arcángel de ayer se transforma en un diablo horroroso...

—Y aquí de mi otra afirmación... Los artistas no deben casarse... Me explicaré... El matrimonio no significa que, á cambio de gustarnos en absoluto una rubia, dejen de gustarnos del todo

las morenas, y aun las demás rubias... Como tampoco la enamorada de un hombre se vuelve sorda y ciega para los méritos de los otros hombres... Pero el más amable de los imperativos categóricos nos conduce á guardar para *ella* cuantos homenajes corresponden á la Eva ideal que forman todas las de carne y hueso... Es muy distinto el problema de los artistas, que forzosamente tienen que rendirse y apasionarse por aquello que hirió su sensibilidad... Podría resumirse mi paralelo en estas palabras: unas gentes se mueren un poco más cada día que pasa, y la minoría de los escogidos procuran nacer de nuevo cada mañana...

Se hizo el silencio, y al cabo quedaron solas las tres mujeres. No prolongaron la charla las amigas. Son bonitas, elegantes y espirituales. Por juego intelectual, y gracias á un fenómeno telepático, en su mudez se inquietaron, volviendo el conflicto del revés. Desde luego, ninguna preferiría entre sus pretendientes al bruto hermosote, sino al varón de nobles prendas morales. Y ahora se les ocurre preguntarse á sí mismas si estimarían más el ser amadas por bellas ó por buenas. Y no saben qué contestar...

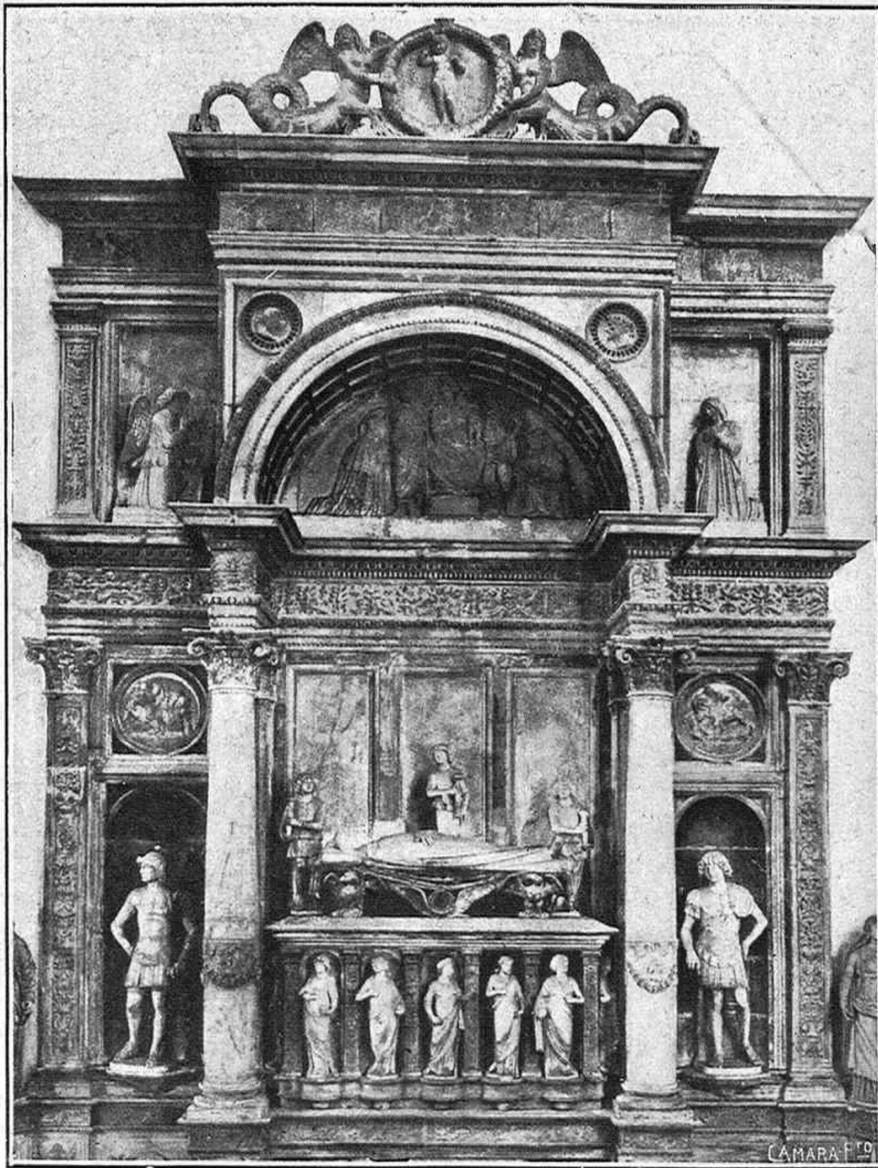
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE JAFT

ATENE DE BIBLIOTECA

PIEDRAS VENECIANAS

LA DEFENSA DE LOS MONUMENTOS



El monumento á Vendramin en la iglesia de San Juan y San Pablo, antes y después de ser cubierto para protegerlo contra las agresiones aéreas

VENEZIA ha defendido totalmente sus obras de arte maravillosas del fuego de los aeroplanos austriacos. Pocas ciudades han sido más castigadas que Venecia en la guerra actual y en las pasadas guerras. Los famosos pórticos de la Madonna Bérica de Vicenza, en el Véneto, al cobijo del telón azul y rosa de los Alpes cercanos, fueron destruidos en Junio de 1849 por las tropas que mandaba el general austriaco Culoz. El príncipe de Lichestein penetró en la iglesia á caballo, hasta que logró matarlo un soldado piamontés que se ocultaba detrás del púlpito. A bayonetazos deshicieron los invasores un lienzo de Pablo el Veronés. Sobre la capital, sobre Venecia, comenzó el bombardeo tres días después; durante tres semanas estuvo cayendo plomo sobre la ciudad de los canales y del silencio maravilloso. La Escuela de los Cármes, la de San Roque, las estupendas bóvedas de Santo Tomás y de San Lucas, la iglesia de los Descalzos, fueron los blancos más perfectos de la artillería enemiga. En Agosto del 49 se rindió Venecia á los ejércitos del emperador, diezmada por la peste y por el hambre. Y los palacios y las iglesias presentaban enormes

brechas, que daban un triste aspecto á la ciudad serena.

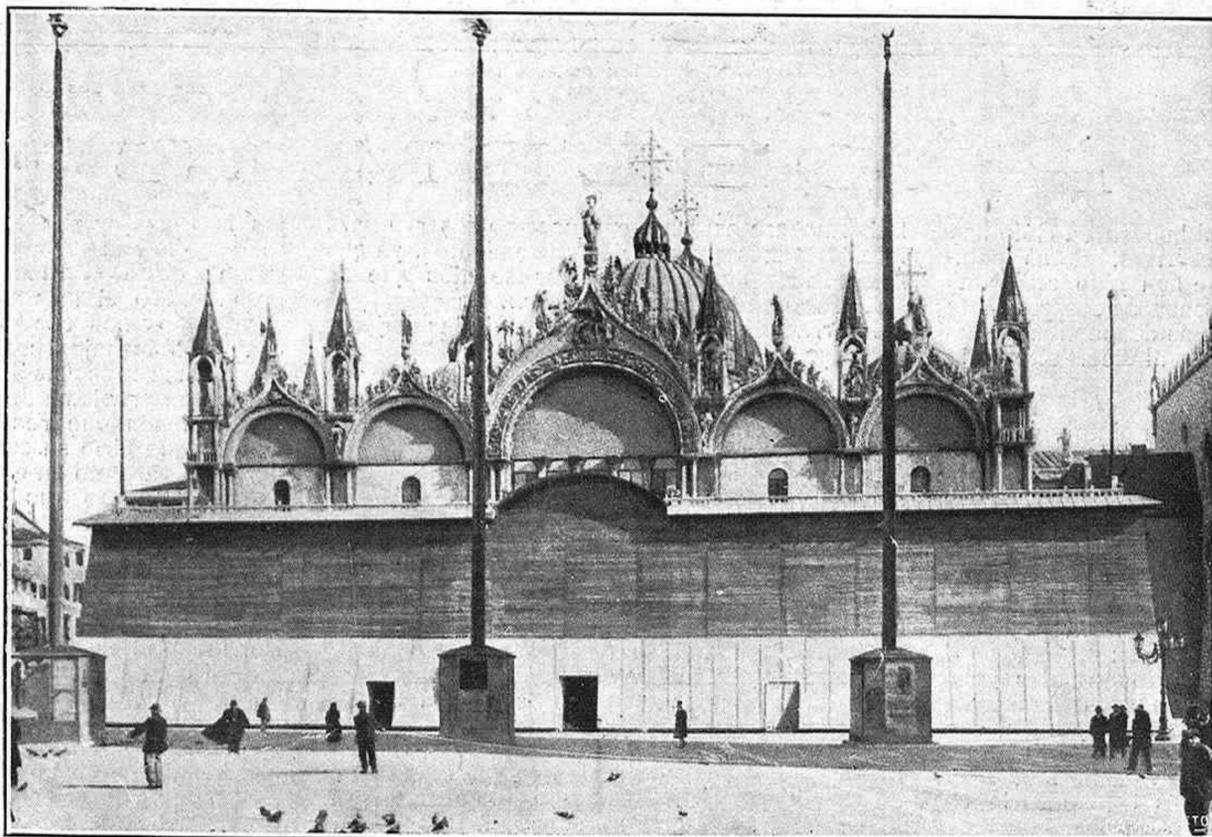
Por eso cuando estalló la guerra, en Mayo de 1915, los venecianos, que tenían el recuerdo fresco de los pasados horrores, se precipitaron á defender su riquísimo tesoro monumental. El artículo 36 de la Convención de La Haya, firmado por todos los Estados cultos de la tierra, que

prescribe la inviolabilidad de los edificios consagrados al culto, á las artes y á la cultura, no les dió la tranquilidad completa respecto á la conservación de sus gloriosas piedras.

Sin embargo, el conservador de los monumentos del Véneto tuvo la precaución de estampar, sobre la plomiza cubierta del Palacio Ducal, una enorme y roja cruz para indicar al adversario que se trataba de un monumento protegido por la Convención. Tarea vana, porque bien presto se dió cata la ciudad de que toda ella caía dentro del precepto expreso del artículo 36, y que se hacía preciso pintar de cruces rojas todos los edificios venecianos.

El director general de Bellas Artes, Conrado Ricci, uno de los estudiosos de arte más competentes de la nación, comenzó á enviar lejos de la ciudad los lienzos más importantes, desmantelando academias, pinacotecas, templos y palacios.

Los venecianos no vieron con buenos ojos el éxodo de sus pinturas. Creían ellos que la hermosura de la ciudad era realmente intangible, hasta que los sucesivos y violentos bombardeos les sacaron de su generoso error, comenzando á



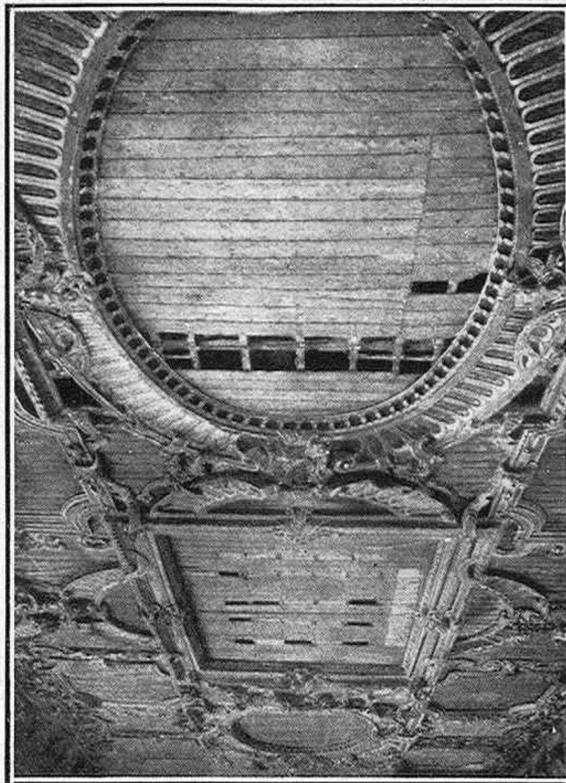
Defensa de la fachada de San Marcos, desde Noviembre de 1916



La iglesia de los Descalzos, después de la bomba del 24 de Octubre de 1915

prestar colaboración eficazísima a los proyectos del eximio Ricci.

Los célebres caballos de la basílica de San Marcos fueron separados de los soportes de la *loggia*, después de doce horas de penoso esfuerzo. La parte superior de la fachada que sustentaba la cuadriga es harto débil y quebradiza; así es que hubo que realizar el trabajo del desprendimiento con la más cabal paciencia. Pero ante la basílica, en el ángulo que forma San Marcos con la Puerta de la Carta del Palacio Ducal, cayó una bomba, que piadosamente respetó, iluminándola con su reflejo cárdeno, la hermosura de la fábrica bizantina. Y entonces se resguardó la Puerta de la Carta—por donde es fama que se delataba a los enemigos de los consejeros y



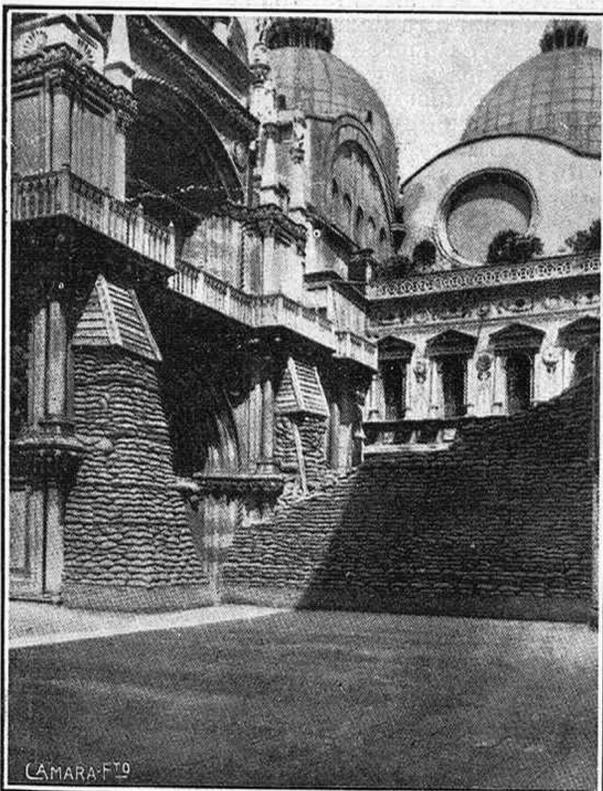
El techo del Consejo Mayor del Palacio Ducal, defendido de las agresiones aéreas

de los dogos—con sacos de arena y de cemento. El Palacio Ducal fué recubierto poco después, luego de reforzar los pórticos inferiores. Semejante precaución, ante los continuos y feroces bombardeos que destruyeron los frescos del templo de los Descalzos, varios hospitales, escuelas é institutos religiosos, que hirieron gravemente la cúpula del campanil, se llevó luego a todos los edificios de la ciudad, bajo la dirección de arquitectos especializados en el estudio de cada monumento. A los interiores de San Marcos, del patio del Palacio Ducal, de la librería Sansovino, de la iglesia de Santos Juan y Pablo, se llevaron igualmente análogas medidas de defensa, eficaces, como ha demostrado la práctica, contra las agresiones aéreas. Las

fotografías que ilustran este artículo dan una idea bastante aproximada del esfuerzo realizado.

La ciudad tiene hoy el aspecto de una casa cuyos dueños—que se disponen á abandonarla por algunos meses—han mandado desalfombrar, enfundando los sillones, encajonando y guardando en los sótanos los viejos retratos de los ascendientes, encomendando la vajilla al cuidado de los parientes más cercanos. Y no conserva Venecia, en esta hora terrible de prueba para el temple de su espíritu colectivo, más que los fulgores de su luz—cuyo encanto hay que saborear directamente sobre los canales á la hora del *tramonto*—y la alegría de su espíritu, infantil y sereno.

José SÁNCHEZ ROJAS

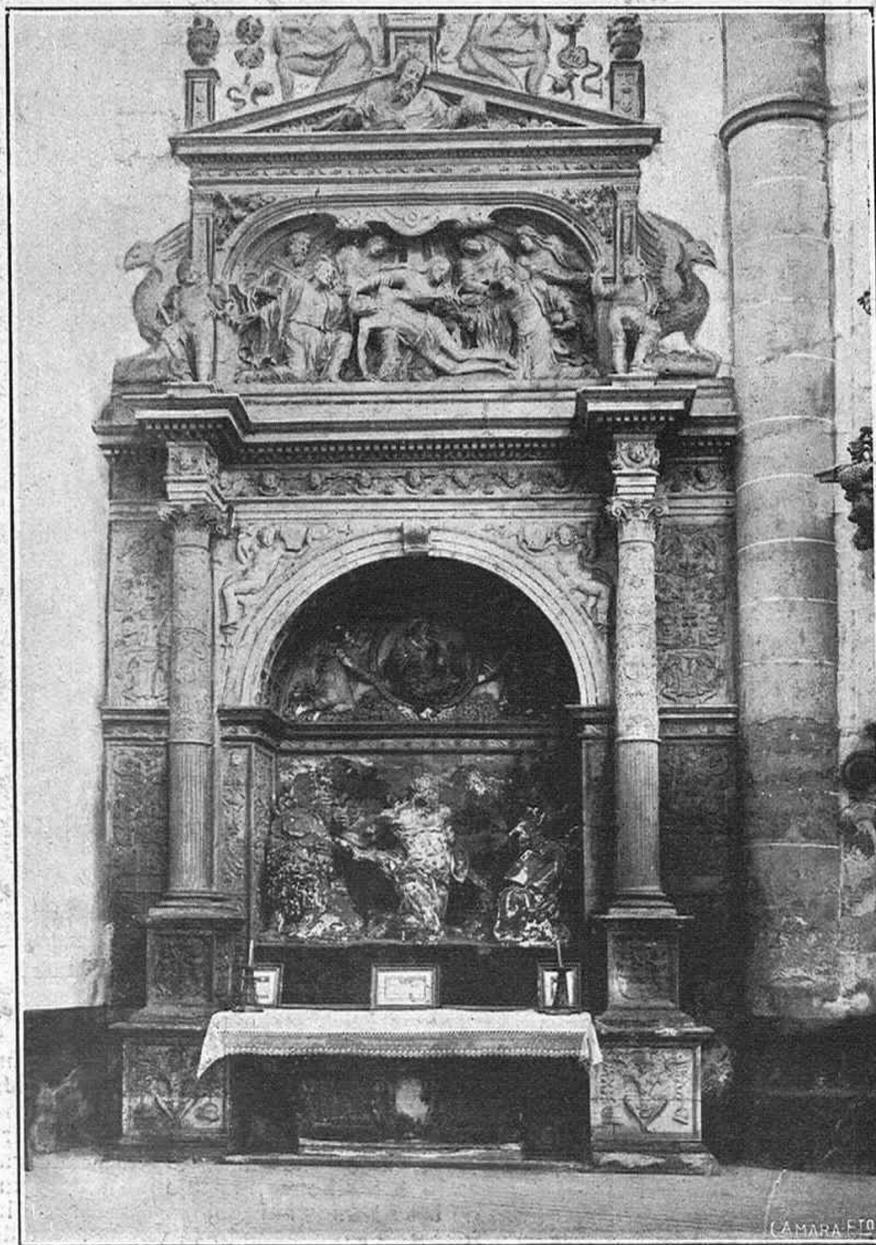


Defensa de la escalera de los Gigantes y de las estatuas de Rizzo



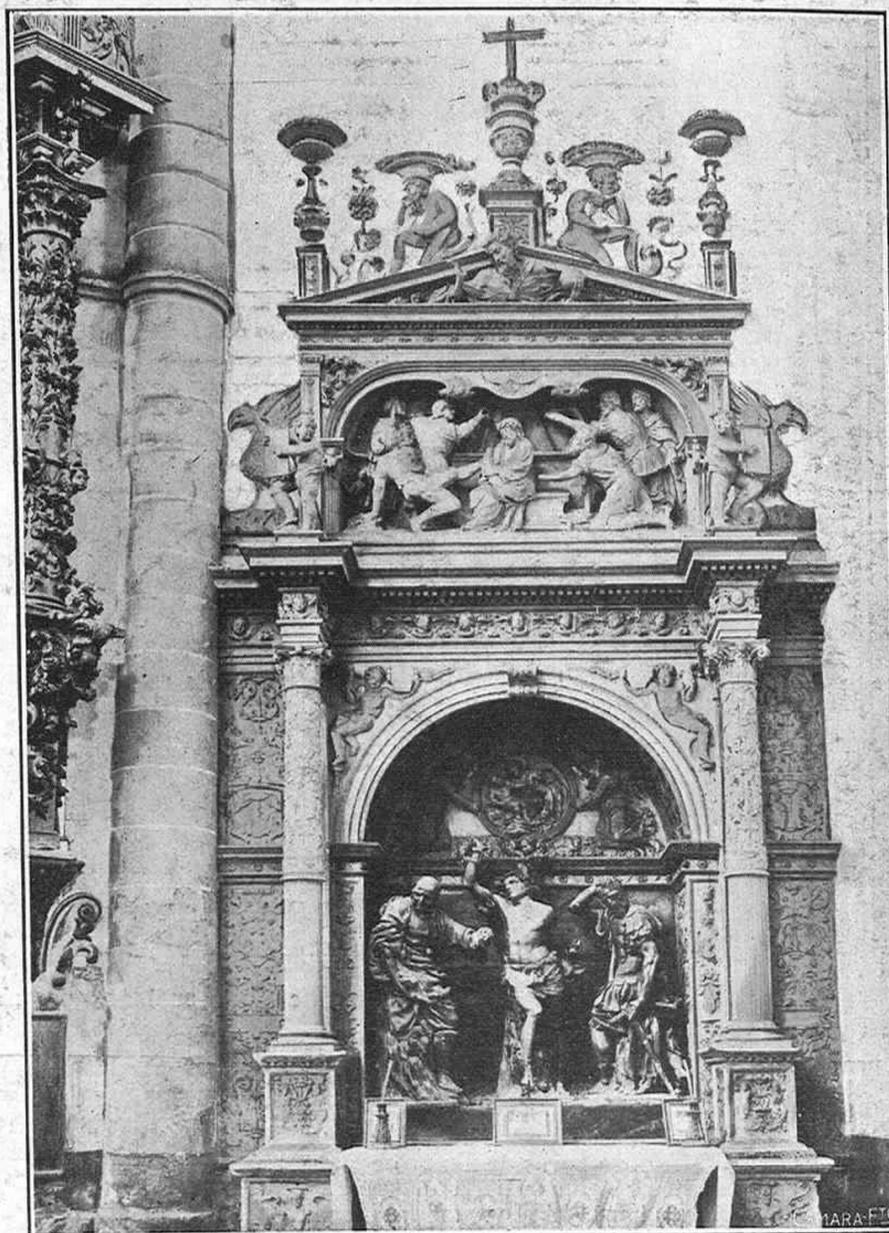
El ábside de la iglesia de Santa María Formosa, después de la bomba del 10 de Agosto de 1916

MEDINA DE RIOSECO
 OBRAS DE JUAN DE JUNI



“La penitencia de San Jerónimo”

(Magníficas esculturas de barro cocido, originales de Juan de Juni, y existentes en la iglesia de San Francisco, de Medina de Rioseco)



“El martirio de San Sebastián”

EL siglo XVI fué para la ciudad de Medina de Rioseco un tiempo de esplendor. Por entonces enriquecióse con sus grandes templos, alguno verdaderamente suntuoso. Y para realzar y ennoblecer la grandeza de las fábricas, llamaron á los más insignes artistas que por Castilla trabajaban á la sazón.

Así, el genial imaginero Juan de Juni trazó y esculpió para Santa María dos retablos, y para San Francisco—la iglesia del almirante D. Fadrique II—, los maravillosos grupos en barro cocido que damos fotografiados, amén de otras labores en la capilla mayor y en las tribunas del coro.

El gran retablo actual de Santa María es absolutamente todo de Esteban Jordán, pues el de Juni, casi acabado al morir el autor, fué desechado por incidencias interesantísimas, que no son del caso.

Pero en la misma iglesia de Santa María, en la abrumadora capilla de los Benavente, se halla el otro retablo (1) del gran escultor francés; es una joya. La Virgen—la más importante estatua del retablito, con las de San Joaquín y Santa Ana—; la Virgen, deliciosa de candor, de expresión y de finura, tiene un movimiento y una gracia insuperables.

Ya, antes de trabajar para Santa María, tenía Juan de Juni obras en Rioseco: toda su labor de San Francisco. Habíasela encargado el almirante D. Fadrique Enríquez, á la vez que encomendaba á Cristóbal de Andino la estupenda reja que se conserva en Santa María.

De Juni, quedan los grupos de barro y, acaso, alguna labor en las tribunas que soportaban los órganos.

Hoy nos interesan principalmente aquéllos.

(1) Le fué encargado á Juni en 1.º de Junio de 1557.

Están cobijados por las hornacinas de dos magníficos retablos labrados en piedra, del más puro, delicado y elegante renacimiento; claman su fecha: la primera mitad del siglo XVI. Se desconoce al autor de estos dos admirables altares, que bien merecen una investigación. Son de lo más fino que hemos hallado por tierras de Castilla, y, tal vez, de la misma mano que un sepulcro de San Miguel de Villalón. Estos retablos de Rioseco, italianísimos, guardan en los frontones, bajo arcos zarpaneles, con intradós de forma de concha—decoración tan frecuente en la época y tan grata á Berruguete, Andrés de Nájera y muchos otros—, dos historias: la Flagelación y la Piedad, ambas notables, expresivas, movidas y, especialmente la última, correctísimas. El resto de la escultura, la decoración de grutescos, cabecitas aladas, grifos, candelabros, cartelas..., todo es delicado, fino, primoroso y de una gran riqueza decorativa, admirable de traza y de ejecución.

Bajo el entablamento, entre las columnas, se abren las hornacinas de medio punto que acogen á los grupos de Juni: á la Epístola, el Martirio de San Sebastián; al Evangelio, San Jerónimo penitente.

San Sebastián aparece entre dos sayones, atado á un tronco de árbol y en una actitud llena de armonía y de ritmo. La figura, casi desnuda, es toda ella palpitante; insiste sobre la pierna izquierda con una gran firmeza; adelanta con mucha blandura la derecha, y todo el torso, magistralmente escorzado, gira sobre el lado izquierdo y un poco hacia atrás, mientras la cabeza se rinde algo sobre el hombro derecho; el brazo izquierdo, caído, y el derecho, alzado, ligado á una rama, contribuyen á imprimir al cuerpo ese movimiento; todo es de un dibujo acabado y de una notable gallardía.

El sayón de la izquierda, vestido «á lo romano», musculoso y realista, sonríe entre sus barbas, con una ferocidad un poco de «judío de paso», mientras flagela al mártir con la diestra levantada, y arrastra, con la otra mano, una ballesta. La otra figura es de un gran realismo; la cabeza es un retrato, sin duda alguna, y nos atrevemos á asegurar que el retratado es un «tío» de Campos: calvo, mofletudo, rugoso, rasurado, de ojos marrulleros y nariz corva...; ha cavado viñas con aquel brazo duro como un cable y tostado por el sol castellano; viste á lo labriego, salvo su calzado de jefe militar. Las ropas son admirables de plegado y de movimiento. Fué Juni muy aficionado á estas cabezas realistas; así las de María Salomé, José de Arimatea, Nicodemus y Santa Ana, del Museo de Valladolid.

San Jerónimo penitente. El santo, de rodillas, entre el león, su compañero, y el libro sobre un árbol. Magnífica escultura, anatómica, expresiva y emocionante. Todo en ella es grande: lo que muestra y lo que expresa y lo que sugiere. Abre el santo los brazos, en un amplísimo movimiento de adoración y de ofrecimiento; gira el tronco hacia el frente al tenderse el brazo derecho con la piedra, y la cabeza se vuelve á lo alto, anhelante. Es una maravilla de anatomía, de verdad y de grandeza. La silueta nace gigantesca; parece inspirada en Miguel Ángel.

Demos fin á estas ligeras notas.

Tales son los barro de Rioseco. En ellos, Juni se manifiesta en plenitud. Son obras relativamente serenas. Aun no ha ganado al gran artista el amaneramiento y la violencia, y por eso, acaso, estos dos grupos son más dignos de estudio y de aprecio.

FRANCISCO ANTÓN

FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR

PEELE



CONCHITA ULIA, hermosa cancionista

Los preparados "PEELE", Lociones, Cremas, Polvos, Pastas, Coloretos, Tinturas, Depilatorio, Elixires, Esencias, Colonias, Jabones, etc., etc., tienen fama mundial por su incomparable calidad y por sus efectos higiénicos, no conteniendo ninguna substancia perjudicial á la epidermis ni á la salud.

De venta en todas las Perfumerías de Madrid y provincias, en las Farmacias Gayoso, Arenal, 2; Coipel, Barquillo, 1, y en la



CASA PEELE MADRID
CARRERA DE SAN JERONIMO, 40

Concesionario para la Argentina: M. GAYTERO, Pichincha, 176, Buenos Aires

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



Agua de Syrus BLANCA Y ROSA

(MARCA REGISTRADA)

Si queréis obtener un cutis bello, usad AGUA DE SYRUS, única higiénica que no contiene sustancias grasas

El AGUA DE SYRUS no pinta

Efectos rápidos y sorprendentes; suaviza, hermosea, da tersura á la tez y una blancura nacarada, haciendo desaparecer los pequeños granos y manchas

De venta en todas las perfumerías de España Precio: 3 y 7 ptas.-Provincias, 3,50 y 8 ptas.

PEDID FOLLETOS A LA

Fábrica y Dirección: Plaza de la Encarnación, 3, MADRID.-Teléf. 1.633

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

COMPRO DEHESA

FRANCISCO SEGOVIA. 20 á 50 mil duros. con arbolado encina.—Peñuelas, número 10.—A. Carbones.—Teléfono: M. 604.

EXTRAORDINARIAMENTE
SUPERIORES
á cuanto ha sido inventado
hasta el dia

LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA NO TIENEN RIVAL

PARA LA

la CURACION rápida

PRESERVACION segura

de Resfriados, Afecciones de la Garganta
Laringitis, Bronquitis agudas y crónicas
Catarros, Grippe, Trancazo,
Asma, Enfisema, etc.

PEDIRLAS, EXIGIRLAS
en CAJAS de Ptas 1.50

con el nombre

VALDA en la tapa

Agentes Generales: Vicente FERRER y Cia
BARCELONA.

Formula:
Menthol... 0.002
Eucalyptol... 0.0005
Azúcar-Goma

LÓPEZ HERMANOS "Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivera, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Unicos fabricantes del incomparable ANIS MOSCATEL, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confíen. Para más detalles, pidanse catálogos.

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA

Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis: 5 pesetas.

RHUM BELLEZA

(á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las cvita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA

Alta novedad. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja, según tamaño.

En Perfumerías de España y América

CREMAS BELLEZA

(líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas. (blanca, rosada y natural). 4 pesetas.

TINTURA WINTER

Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 6 pesetas.

LOCION BELLEZA

La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas, la bendicen. Es inofensiva. 5 pts.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Cerrito, 393
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

